

A man with dark hair and a light beard, wearing a grey textured blazer over a white shirt, looking directly at the camera with a serious expression. His hands are in his pockets.

MANU
PONCE

APRENDIENDO
A
CONQUISTARTE

Trilogía «Aprendiendo» 3

APRENDIENDO
A
CONQUISTARTE

Trilogía «Aprendiendo» 3

APRENDIENDO
A
CONQUISTARTE

Trilogía «Aprendiendo» 3

Primera edición.

Aprendiendo a conquistarte. Trilogía Aprendiendo n°3

©Manu Ponce

©Octubre, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

Primera edición.

Aprendiendo a conquistarte. Trilogía Aprendiendo n°3

©Manu Ponce

©Octubre, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Tardé horas en poder reaccionar, pues me quedé en shock.

Da igual que tengas un título de Medicina debajo del brazo. Cuando es la salud de los tuyos la que está en juego los miedos se apoderan de ti y más cuando la personita a la que el destino zarandea es tan solo un bebé, un bebé de corta edad que no cuenta con las suficientes armas para defenderse.

Ojalá me hubiese podido cambiar por él. Ojalá, pues lo hubiese hecho con los ojos cerrados.

Mi niño, se trataba de mi niño y no las tenía todas conmigo de que saliera adelante. La cara circunspecta de Alec cuando entramos en su despacho una vez que terminó con su ronda de consultas por la planta tampoco es que ayudara demasiado.

—Amigo, explícamelo todo con detalle, por favor. Y también a Nora, porque estamos abatidos—Ella colocó su mano sobre la mía y me la apretó con todas sus ganas.

—Ahora vais a tener que sacar fuerzas de flaqueza porque vuestro hijo os necesita, el estado de Irvin reviste una gravedad extrema, dada su corta edad.

—¿Por qué ha ocurrido esto, Alec? El niño tuvo moquitos hace unos días, pero seguí la recomendación de la pediatra y se le pasó, estaba perfecto hasta ayer—le preguntó ella.

—Es que este tipo de bronquitis asmática aguda como la de vuestro pequeño es muy traicionera. Los moquitos de los que me hablas seguro que no tienen nada que ver con este cuadro. Como os digo, hay niños que no presentan absolutamente ningún síntoma en los días anteriores y, de repente, ocurre.

—¿Y qué va a pasar? Dímelo por favor, sé que es muy grave, pero nuestro pequeño va a salir adelante, ¿verdad? —prosiguió ella en el colmo de la angustia.

—Yo espero que sí y no olvides que estamos haciendo todo lo posible para que así sea—le recordó él.

—¿Solo lo esperas? ¿Hay alguna posibilidad de que no sea así? Dímelo, por favor, porque me estoy muriendo del

miedo.

—Nora, debes mantener la calma, por favor. Los nervios no son buenos compañeros en momentos como estos. A ver, ya lo he hablado antes con Ryan, el niño está entubado, lo que significa que hay una máquina que está respirando por él, proporcionándole oxígeno de un modo artificial, por eso está estable.

—¿Y entonces? ¿Qué va a pasar cuando le retiréis la respiración artificial?

La cara de Nora era el más penoso de los poemas y a mí se me partía el alma. Nuevamente sentí que le había fallado, que no estaba en casa cuando Irvin enfermó y que se había comido todo el marrón solita en los primeros momentos.

e

—Esa es la pregunta del millón, Nora. Verás, Irvin no tiene que volver a respirar de un momento para otro, pues se trata de un proceso paulatino. Poco a poco iremos rebajando el porcentaje de oxígeno que reciben sus pulmones para que, lentamente, vaya volviendo a respirar, pero no de golpe.

—Hasta que al final sea él mismo quien respire por sí solo y nos lo podamos llevar a casa, ¿es correcto?

—Es correcto siempre que, efectivamente, el bebé lo logre, creo que me estoy explicando con claridad.

—Alec, ¿quieres decir que nuestro hijo podría no lograrlo? Pero él es un niño sano, totalmente sano. De hecho, cuando nació, le hicieron muchas pruebas y precisamente en este hospital.

—Ya, lo que sucede es que, a veces, determinados bebés vienen de serie con malformaciones congénitas en los pulmones que no dan la cara hasta más adelante.

—¿Malformaciones congénitas? ¿Irvin sufre una malformación pulmonar congénita?

—No, en principio no tiene por qué, pero sí te adelanto que hay que descartarlo. Es fundamental descartar cualquier problema.

—Y si no la tiene, si no tiene una malformación de esas, ¿entonces saldrá adelante sin problema?

—Siempre y cuando sea capaz de volver a respirar por sí mismo, ya te lo he comentado.

—¿Y si no fuera capaz, Alec? ¿Y si mi pequeño no lo lograra?

—No te pongas en esas, Nora. Es mucho mejor que no te pongas en esas.

—¡Se trata de mi hijo! —Dio un golpe en la mesa que ninguno de los dos esperábamos.

—Cariño, tienes que calmarte, Alec solo trata de ayudarnos, él no tiene ninguna culpa de lo que nos está sucediendo—le expliqué intentando abrazarla.

—Pero no me habla claro, ¿no ves que no me habla claro? Está dando vueltas y vueltas. Y mientras, yo no sé hasta dónde quiere llegar.

—Nora, ¿quieres que te proporcionemos un calmante? —le preguntó.

—¡Yo no quiero ni calmantes ni ocho cuartos! A mí no me vas a dejar fuera de combate mientras mi niño me necesita. Háblame claro, ¿qué le puede suceder a Irvin en el peor de los casos?

s

—En el peor de los casos no superaría la insuficiencia, Nora, pero nos estamos poniendo en lo peor.

—¿Nos estamos poniendo en lo peor? ¿Y en qué te pondrías tú si fuera tu hijo? ¿Crees de veras que yo puedo calmarme con un diagnóstico similar? Ryan, dile que se está equivocado, dile que es un incompetente, díselo tú, por favor...

—Nora, ya, por favor. Vamos a salir de este despacho inmediatamente. Alec, te pido disculpas en su nombre, no sabe lo que está diciendo.

—No hay ningún problema, Ryan, os mantendré puntualmente informados de la evolución del peque.

—Ni te imaginas cuántísimo te lo agradezco, amigo.

Salí con ella, que estaba tan fuera de sí que no le pidió ni disculpas, y la abracé.

—Nora, Alec no te ha dicho que esté todo perdido ni mucho menos. Es solo que nuestro niño va a tener que luchar como un campeón, pero él lo es, que no te quepa duda.

—Ya, ya lo sé, pero también existe la posibilidad de que no supere esto y lo sabes. Ni tú ni yo nos chupamos el dedo y sabemos perfectamente a lo que nos enfrentamos, amor.

—Venga, vamos a ser fuertes, que nosotros podemos—la alenté mientras por dentro también estaba roto.

—Es que no podría soportarlo, ahora que tengo una familia no podría soportarlo. Irvin y tú sois lo más importante

para mí y, si llega a pasarle algo, yo me voy detrás de él, ¿me oyes?

—No digas eso, Nora, no digas eso.

—Déjame que lo diga porque es lo que siento. No estoy dispuesta a perderos a ninguno de los dos, Ryan, os quiero demasiado...

a

r

:

para mí y, si llega a pasarle algo, yo me voy detrás de él, ¿me oyes?

—No digas eso, Nora, no digas eso.

—Déjame que lo diga porque es lo que siento. No estoy dispuesta a perderos a ninguno de los dos, Ryan, os quiero demasiado...

Capítulo 2



Decir que estaba entre la espada y la pared sería quedarme muy corto....

Sin embargo, no fue eso lo que me preocupó durante las siguientes horas. Irvin podía permanecer entubado un máximo de setenta y dos, transcurridas las cuales tendría que luchar por sí mismo.

Antes de eso, irían haciéndole pruebas para ver cómo sus pequeños pulmones reaccionaban a la rebaja de la ayuda.

Mi desesperación era absoluta y se acrecentaba por momentos. Lo cierto es que no me apetecía hablar con nadie, solo quería estar encerrado en mí mismo. Pese a eso, me tocaba aupar a Nora y no era precisamente fácil.

Mi madre no tardó en llegar con Frank de la mano. Verla así de feliz, al haber rehecho su vida, fue la única alegría que recibí en un día en el que el cielo lucía gris, lo mismo que nuestras almas.

—Hijo, ¿qué ha sucedido? —Me dio un beso y me preguntó incluso antes de presentarme a su pareja.

—Mamá, es el niño, pero se pondrá bien—le dije porque tenía a Nora delante y el panorama era como para desalentarla más.

—O no, suegra, o no... Nos han dicho que nuestro pequeño se puede morir.

—¿Que mi nieto se puede morir? ¿Quién ha sido el desgraciado que os ha dicho eso? Decídmelo que me va a oír, un nieto mío no se va a morir en la vida porque no me da a mí la gana.

Ya le salió a mi madre ese temperamento tan suyo que mostró en todos los momentos difíciles de la vida.

—Mamá, Irvin está en las mejores manos, en las de mi amigo Alec, que es un reputado neumólogo. Él está haciendo todo lo posible.

—Pero si es que no me lo puedo creer, el niño estaba como una rosa—murmuró.

—Ya, pero es que nos han explicado que estos problemas pulmonares son así, que dan la cara cuando menos lo esperas y que son capaces de llevarse toda tu felicidad por delante—le explicó ella.

—Pero es que eso no puede ser, tiene que haber algún error. Hijo, vuelve a hablar con ese muchacho y que te lo explique, que seguro que se ha equivocado.

Frank trató de hacerla entrar en razón y enseguida lo entendió. Mi madre podía tener un pronto un tanto fuerte, pero luego ponía los pies en la tierra.

El día transcurrió con la máxima de las amarguras no, sino con lo siguiente.

—Hijo de mi vida, tienes que comer algo, no has probado bocado en horas. Y Nora tampoco. Llévatela a la cafetería, que Frank y yo os informaremos de cualquier novedad.

—Te lo agradezco, pero yo no me muevo de aquí ni muerta, te lo advierto desde ya—le aseguró Nora.

—Hijo, pues ve tú y así le traes algo cuando vuelvas.

Entendí que mi madre tenía toda la razón y que debía alimentarme y estar fuerte por lo que pudiera pasar. Las cosas podían torcerse mucho y Nora no parecía preparada para afrontar una noticia tan dramática. Yo tampoco es que lo estuviera, pero alguien tendría que sostener al otro si llegaba el momento.

Una vez en la cafetería saqué mi móvil y vi que había cantidad de mensajes de Iris. Ella estaba preocupadísima y yo, con tanto pesar, ni siquiera le envié un cochino mensaje explicándole.

La llamé directamente, qué otra cosa podría hacer.

—Por fin, estaba que no podía más. Dime por favor que tienes buenas noticias y que Irvin se pondrá bien.

—Pues no lo sé, Iris, lo cierto es que no lo sé—La voz se me quebró.

—¿No lo sabes? Pero eso no puede ser, ¿qué te dicen tus compañeros?

—Que todavía es pronto para saber si saldrá adelante o no, si volverá a respirar por sí mismo—Me eché a llorar directamente, ya no pude más y con ella me encontré en la libertad de quitarme la máscara.

—Va a salir, ya verás que sí. Cielos, cuánto desearía poder estar ahí contigo y darte un abrazo. Esto es un infierno

un jodido infierno.

—Sí que lo es, sí que lo es. Lo siento mucho, pero no puedo seguir hablando contigo, es que tengo un nudo en la garganta...

—Por favor, ve informándome de todo, estoy aquí que me subo por las paredes. ¿Sabes que te quiero con toda mi alma?

—Lo sé, lo sé—le respondí, aunque lo que no le dije fue que ese amor me dolía más que ninguna otra cosa en un instante en el que no podía saber hacia dónde iba mi vida.

—Pues, eso, no me olvides, porfi, que no puedo con los nervios. Sé que estás muy liado, pero necesito ir sabiendo

Me sentí inmensamente presionado. Sin ella saberlo, me estaba poniendo muy nervioso.

Nada podía reprocharle, pues yo en su caso habría actuado exactamente igual, pero no estaba en su caso, estaba en el contrario y totalmente destrozado.

Reconozco que estuve en la cafetería más tiempo del necesario, porque sabía que Nora estaba acompañada y yo necesitaba evadirme un poco antes de volver a enfrentarme a la tristeza de sus ojos.

La vida nos estaba dando un buen varapalo y precisaba ir asimilando poco a poco que todo podía volver a dar un giro... Un giro que en ese caso podía ser el más dramático de todos.

Terminé volviendo con un sándwich en la mano y con la más fingida de las sonrisas, con la intención de insuflarle algo de ánimo.

Para entonces, mi madre la abrazaba porque parecía no estar en el mundo de los mortales.

No logré que le diera ni un bocado al sándwich en las siguientes y largas horas que permanecimos a la espera de noticias.

un jodido infierno.

—Sí que lo es, sí que lo es. Lo siento mucho, pero no puedo seguir hablando contigo, es que tengo un nudo en la garganta...

—Por favor, ve informándome de todo, estoy aquí que me subo por las paredes. ¿Sabes que te quiero con toda mi alma?

—Lo sé, lo sé—le respondí, aunque lo que no le dije fue que ese amor me dolía más que ninguna otra cosa en un instante en el que no podía saber hacia dónde iba mi vida.

—Pues, eso, no me olvides, porfi, que no puedo con los nervios. Sé que estás muy liado, pero necesito ir sabiendo.

Me sentí inmensamente presionado. Sin ella saberlo, me estaba poniendo muy nervioso.

Nada podía reprocharle, pues yo en su caso habría actuado exactamente igual, pero no estaba en su caso, estaba en el contrario y totalmente destrozado.

Reconozco que estuve en la cafetería más tiempo del necesario, porque sabía que Nora estaba acompañada y yo necesitaba evadirme un poco antes de volver a enfrentarme a la tristeza de sus ojos.

La vida nos estaba dando un buen varapalo y precisaba ir asimilando poco a poco que todo podía volver a dar un giro... Un giro que en ese caso podía ser el más dramático de todos.

Terminé volviendo con un sándwich en la mano y con la más fingida de las sonrisas, con la intención de insuflarle algo de ánimo.

Para entonces, mi madre la abrazaba porque parecía no estar en el mundo de los mortales.

No logré que le diera ni un bocado al sándwich en las siguientes y largas horas que permanecimos a la espera de noticias.

Capítulo 3



Esa noche, cuando volví a entrar en la UCI pediátrica y vi a todas aquellas pequeñas vidas luchando por dar un paso al frente, me emocioné una barbaridad.

Irvin estaba totalmente entubado y lo cierto es que daba pena verlo.

—¿Crees que tiene ganas de vivir? —me preguntó su madre cuando salí.

Nos turnábamos para entrar. La realidad era que solo podía pasar uno por turno y tan solo unos minutos, pero al trabajar yo allí, mis compañeros hacían la vista gorda por completo, de modo que entraba ella y después yo.

—Claro que tiene ganas de vivir, ya verás como mañana Alec nos trae buenas noticias. Yo tengo ese palpito y no me voy a equivocar—La abracé.

—Ojalá, yo necesito que todo esto pase y que nos casemos y mirar hacia atrás y pensar que todo quedó en una pesadilla.

Una pesadilla suponía para mí cada vez que ella sacaba el tema de la boda. Eso, sumado al resto, hacía que la cabeza me doliera hasta hacerme pensar que me estallaría en cualquier momento.

Nos habíamos quedado solos porque convencimos a mi madre y a Frank de que se fueran a descansar. Por cierto, que él me pareció un tipo majísimo, por lo que me alegré infinitamente por mi madre. Al menos a alguien parecía irle bien, aunque el tema de su nieto le había aguado la fiesta por completo.

Amanecimos como nos quedamos, en la sala de espera. Nora rezaba, nunca la había visto rezar hasta ese día. La notaba como ida y, en cierto modo, en los momentos en los que se evadía en sus rezos me sentía un poco más liberado.

Un par de veces a lo largo de la noche fui al servicio y contesté a sendos mensajes de WhatsApp de Iris, que me aseguraba que también le era imposible conciliar el sueño.

La mañana llegó, efectivamente y con ella Alec volvió a entrar de turno, portando un rayo de esperanza.

—A ver, pareja, las pruebas que le hicimos ayer a Irvin ya han llegado y descartan una malformación pulmonar congénita. No dudéis que es una gran noticia.

—Entonces, ¿nuestro hijo se va a salvar? —le preguntó Nora, que previamente le había pedido disculpas por su actitud del día anterior.

—Nora, todavía no puedo afirmar eso. Verás, con la insuficiencia que sufre ahora mismo Irvin, dependerá de su reacción que se salve o no. Ahora bien, si hubiera tenido una grave malformación, entonces me temo que no habría nada que hacer.

—Es una buena noticia, ¿no ves que lo es? Es muy buena—Le hice ver porque, aunque el bebé seguía en inminente riesgo, al menos sabíamos que tenía posibilidades.

—Ya lo sé, pero entiende que yo necesito más, yo necesito llevármelo a casa y acunarlo, darle el pecho...

Ella lo estaba pasando rematadamente mal y para colmo andaba con el tema del sacaleches y demás, intentando que todo siguiera bien para cuando la vida nos diera esa segunda oportunidad de ver a nuestro hijo crecer.

Yo ya no pedía nada más. Tenía encima de mí una tormenta tal que no pensaba en mi felicidad ni en Iris... Tan solo pensaba en que si Irvin salía para delante tendría que darle gracias a la vida por haberme dado tanto.

No fue hasta esa tarde cuando comenzaron a rebajar el nivel de oxígeno que llegaba a sus pulmoncitos y, en un momento dado, Alec apareció con un color pálido que no tenía nada que envidiarle al de la cera.

—Pareja, de momento no está respondiendo—nos comentó.

—Alec, ¿cómo puede ser? Irvin está lleno de vida y debe tener las defensas por las nubes. Su madre lo está criando a pecho, no sabes cómo come ese granuja.

—Lo sé, amigo, lo tengo todo en su expediente. Lo único que os digo es que os tenéis que armar todavía de más paciencia. Hay veces que no se responde al tratamiento en un primer momento, pero sí más tarde.

Nora, que se había levantado, cayó desplomada en su asiento cuando Alec se fue.

—¿Lo has escuchado? No está respondiendo al tratamiento, nuestro pobre niño no está respondiendo. Te digo que a mí me va a dar algo.

—No, no es esa la parte con la que debes quedarte, sino con que es probable que lo haga en las próximas horas.

Ey, la esperanza es lo último que se pierde y tú eres una luchadora, no me digas que la vas a perder ahora, cuando tu hijo más te necesita.

—No, no la voy a perder ahora, te lo garantizo que no, pero es que tengo tanto miedo...

De ese color, del miedo, tenía yo también un vestido. Y otro mi madre, si hasta Frank estaba de lo más afectado y eso que el hombre ni conocía personalmente a nuestro hijo.

La familia de Nora no estaba allí por expreso deseo suyo.

Resulta que sus padres, que eran más pesados que matar un cochino a besos, no nos habrían sido de ayuda, sino que la hubieran puesto todavía más nerviosa, por lo que ella decidió ocultarles el calvario por el que estábamos pasando.

Además, a su padre le habían detectado recientemente unos problemas de riñón y el hombre andaba pachucho, razón de más para no darles ese disgusto.

El móvil, que yo tenía en vibración, saltaba de tanto en cuanto. Era Iris que, sin atosigarme en ningún momento, quería saber cómo estábamos el niño y yo. Incluso también se interesaba por el estado de Nora.

Sé que a muchas personas esto último podría resultarles hipócrita, pero siendo Iris lo hacía de todo corazón.

En tales circunstancias, y por aquello de que necesitaba evadirme en muchos momentos, también la echaba cantidad de menos. Además, sabía que para ella también resultaba un tormento el tener que pasar separados todo aquello.

De vez en cuando y, aprovechando que iba al servicio o a la cafetería, la llamaba y su voz me tranquilizaba, si bien a menudo también sentía que la estaba utilizando porque, dado el rumbo que estaban tomando los acontecimientos, yo no sabía lo que iba a ser de nosotros.

Rezar, solo me quedaba rezar como hacía Nora...

;

Ey, la esperanza es lo último que se pierde y tú eres una luchadora, no me digas que la vas a perder ahora, cuando tu hijo más te necesita.

—No, no la voy a perder ahora, te lo garantizo que no, pero es que tengo tanto miedo...

De ese color, del miedo, tenía yo también un vestido. Y otro mi madre, si hasta Frank estaba de lo más afectado y eso que el hombre ni conocía personalmente a nuestro hijo.

La familia de Nora no estaba allí por expreso deseo suyo.

Resulta que sus padres, que eran más pesados que matar un cochino a besos, no nos habrían sido de ayuda, sino que la hubieran puesto todavía más nerviosa, por lo que ella decidió ocultarles el calvario por el que estábamos pasando.

Además, a su padre le habían detectado recientemente unos problemas de riñón y el hombre andaba pachucho, razón de más para no darles ese disgusto.

El móvil, que yo tenía en vibración, saltaba de tanto en cuanto. Era Iris que, sin atosigarme en ningún momento, quería saber cómo estábamos el niño y yo. Incluso también se interesaba por el estado de Nora.

Sé que a muchas personas esto último podría resultarles hipócrita, pero siendo Iris lo hacía de todo corazón.

En tales circunstancias, y por aquello de que necesitaba evadirme en muchos momentos, también la echaba cantidad de menos. Además, sabía que para ella también resultaba un tormento el tener que pasar separados todo aquello.

De vez en cuando y, aprovechando que iba al servicio o a la cafetería, la llamaba y su voz me tranquilizaba, si bien a menudo también sentía que la estaba utilizando porque, dado el rumbo que estaban tomando los acontecimientos, yo no sabía lo que iba a ser de nosotros.

Rezar, solo me quedaba rezar como hacía Nora...

Capítulo 4



Todo llega y también llegó el momento en el que los pulmones del pequeño Irvin comenzaron a reaccionar.

—Ahora sí, ahora os puedo decir que el bebé va mejor. Con esto no es que hayamos ganado la guerra, pero sí la primera batalla—nos comentó Alec.

Fue un primer día de esperanza en el que todos nos mantuvimos unidos, centrándonos en mandarle energía positiva al pequeñajo. Ya no nos quedaba demasiado para saber si, efectivamente, volvería a respirar por sí solo.

Fueron un par de días más... Unos interminables días en los que ni siquiera pasé por casa, porque mi madre y Frank nos traían a Nora y a mí todo lo que necesitábamos.

Cuando por fin Alec nos dio la noticia de que respiraba por sí solo, Nora se echó en mis brazos y me dio un largo beso en los labios.

—Ahora sí, ahora sí que tengo todo lo que quiero en la vida—me aseguró.

Alec nos sonrió como pensando que la estampa era bastante bonita, poco sabía él lo que escondía.

—Ahora lo que me preocupa es el futuro del niño—le comenté—, ¿hay posibilidades de que vuelva a pasar por algo similar?

—Desgraciadamente, sí, eso no te lo puedo negar, Ryan. Verás, amigo, lo cierto es que vuestro hijo es asmático, lo que quiere decir que debéis tener el máximo de los cuidados a partir de ahora, sobre todo por su cortísima edad

—De eso no te quepa la menor duda.

—Y no me la cabe. También te digo que yendo siempre provistos de los inhaladores y demás, no tiene por qué volver a pasar por un episodio de esta gravedad, pero que en ciertos casos sí que se han repetido y con diversos resultados.

—Ay, Dios...

—Ryan, las noticias son muy buenas pese a todo, como te digo. Ahora toca mirar hacia delante, amigo, y dejar los miedos fuera, tenéis que vivir.

—¿Y nunca se curará del todo? —le preguntó Nora.

—Hay niños a quienes les desaparece esta sintomatología al término del desarrollo y otros a los que no. Ahora debéis volver a vuestras vidas, eso es lo que debéis hacer.

Todavía nos quedaban varios días hasta que le diesen el alta, pero al menos ya estaba fuera de peligro. Respiramos tranquilos ese día, y nunca mejor dicho, porque de respiraciones iba la cosa.

A partir de ahí, traté de centrarme. Iris llevaba varios días en un hotel, esperándome pacientemente, pues no había tenido tiempo para ella.

Mi idea era pasar por casa, darme una ducha y pasar a agradecerle lo mucho que me había apoyado.

—Nora, ya has escuchado a Alec, todo va a ir bien. Yo me voy a acercar a casa y a hacer unos recados, dime lo que quieres que te traiga.

—Alec no ha dicho eso, lo que ha dicho es que le puede volver a ocurrir—me comentó en un tono bastante desesperado, pues ya estábamos solos.

—No, no es eso lo que ha dicho, sino todo lo contrario. Lo que nos ha querido transmitir es que, si hacemos las cosas como nos las está indicando, es probable que nunca vuelva a sucederle.

—Supongo que es cuestión de ver el vaso medio lleno o medio vacío...

—Y siempre hay que verlo medio lleno, claro.

—Porque tú lo digas, yo ahora no puedo verlo así, después de lo que hemos pasado.

Me quedé un tanto descorazonado al escuchar a la madre de mi hijo hablar de ese modo, mayormente con todo lo que yo me traía entre manos. El hecho de que Irvin requiriera más cuidados que nunca tampoco es que me facilitara las cosas, eso también debía contemplarlo.

Llegué a casa y me di una larga ducha, una de esas que me resultó de lo más reconfortante, con el agua caliente

cayendo sobre mi cabeza. Era mucha la tensión que había acumulado durante aquellos días en los que sentí que la vida de mi hijo se me escapaba entre los dedos.

s

Mientras me estaba secando vi su foto en la mesilla de noche de Nora y le sonreí, la suya era una sonrisa contagiosa que yo adoraba. Me vestí, cogí las cosas de Nora y antes de salir de la casa no resistí la tentación de entrar en el dormitorio del peque, ese que su madre decoró para él durante el embarazo. Lo hizo con muchísimo gusto y no le faltaba un detalle.

Cogí también al Señor Ralph, su peluche preferido, un conejito con enormes orejotas que le sacaba la sonrisa aludida. Pese a su corta edad, Irvin era un niño que interactuaba mucho y eso hacía que todavía yo lo adorara más si es que era posible.

s

Estaba pensando en ello cuando me vibró el teléfono. Era Iris, que también se moría de ganas por verme.

—Ey, preciosa, ya voy para allá. No tengo mucho tiempo, pero pasaré a verte y a darte un beso.

—¿Uno? Querrás decir un millón, tenemos mucho que celebrar.

—Me temo que no tengo tiempo para celebraciones ni tampoco cuerpo.

—No me refería a ese tipo de celebración, no me seas zopenco...

Me reí con ella y con su manera de decirlo, si bien la situación en general no me generaba ni una chispa de risa.

Llegué nervioso a su hotel, en cuya puerta ya me estaba esperando y nos dimos un interminable beso, seguido de un abrazo.

—Dime que tienes tiempo para tomarte un café, solo eso—me suplicó y no pude decirle que no.

—Vamos, venga...

cayendo sobre mi cabeza. Era mucha la tensión que había acumulado durante aquellos días en los que sentí que la vida de mi hijo se me escapaba entre los dedos.

Mientras me estaba secando vi su foto en la mesilla de noche de Nora y le sonreí, la suya era una sonrisa contagiosa que yo adoraba. Me vestí, cogí las cosas de Nora y antes de salir de la casa no resistí la tentación de entrar en el dormitorio del peque, ese que su madre decoró para él durante el embarazo. Lo hizo con muchísimo gusto y no le faltaba un detalle.

Cogí también al Señor Ralph, su peluche preferido, un conejito con enormes orejotas que le sacaba la sonrisa aludida. Pese a su corta edad, Irvin era un niño que interactuaba mucho y eso hacía que todavía yo lo adorara más, si es que era posible.

Estaba pensando en ello cuando me vibró el teléfono. Era Iris, que también se moría de ganas por verme.

—Ey, preciosa, ya voy para allá. No tengo mucho tiempo, pero pasaré a verte y a darte un beso.

—¿Uno? Querrás decir un millón, tenemos mucho que celebrar.

—Me temo que no tengo tiempo para celebraciones ni tampoco cuerpo.

—No me refería a ese tipo de celebración, no me seas zopenco...

Me reí con ella y con su manera de decirlo, si bien la situación en general no me generaba ni una chispa de risa.

Llegué nervioso a su hotel, en cuya puerta ya me estaba esperando y nos dimos un interminable beso, seguido de un abrazo.

—Dime que tienes tiempo para tomarte un café, solo eso—me suplicó y no pude decirle que no.

—Vamos, venga...

Capítulo 5



Entramos sonriéndonos como adolescentes en aquella cafetería, con la sensación de que hacía un siglo y medio que no nos veíamos.

—Dime antes de nada cómo está Irvin, que no veas si tengo ganas de saber.

—Pues lo que te dije antes, que en unos días nos lo podremos llevar a casa. Eso sí, debemos tener mucho cuidado y estar muy pendientes de él por si necesitara que le coloquemos la cámara con el inhalador y tal, pero esperemos que todo salga bien.

—Va a salir, ya lo verás.

Nos quedamos mirándonos fijamente y, aunque ninguno de los dos dijo nada, me lo preguntó con la mirada.

—Iris, tendremos que aplazar un poco mi conversación con Nora, espero que lo entiendas.

—Ya, no paro de pensar en eso y estaba segura de que me lo dirías—suspiró.

—Cariño mío, debes entender que no es por gusto, pero el niño puede verse en alguna situación complicada, sobre todo al principio, y tengo que estar ahí.

—Se me hace muy difícil, pero lo entiendo. Lo que ocurre es que después de nuestro viaje y de estos días tan complicados que acabamos de pasar...

—Y los que nos quedan, porque a Irvin todavía no le darán el alta. Y cuando lo hagan, llegarán esas primeras noches de las que te hablo, en las que necesitareé comprobar que nada malo le esté ocurriendo. Piensa que el trance por el que ha pasado mi hijo ha sido extremadamente peligroso y al principio todos los ojos serán pocos.

—Ya, cuatro ojos ven más que dos, eso se ha dicho de toda la vida de Dios, lo entiendo perfectamente.

—Eso es. Supongo que serán unas semanas...

—Ya, lo que ocurre es que has comenzado hablándome de unos días y ahora ya vas por unas semanas, no te atreves a hablar con ella, ¿no es eso?

—Lo primero es el niño, no te estoy mintiendo, pero también es cierto que su madre está en una situación muy delicada a nivel psicológico, se queda como pillada, hay momentos en lo que no sé en qué piensa, pero parece que está en otro mundo.

—Eso es estrés postraumático, a la hermana de una amiga le ocurrió después de que su niña y ella sufrieran un accidente de tráfico. Si hasta le pasábamos a veces la mano por delante de la cara y no se enteraba.

—Nora no ha llegado hasta ese punto...no al menos todavía, pero sí que le hablo y ni me responde. Me preocupa mucho.

—Ya, porque en esas circunstancias temerás incluso más que le pueda suceder algo al peque, ¿no es así?

—Justo es así. No sabes lo que me alivia que lo entiendas, mi posición no es nada fácil.

—No te la envidio, no, pero piensa que tampoco la mía lo es y lo será mucho menos cuando sepa que estás con ella en casa. Y sin saber de mi existencia, con lo cual se creará con derecho a todo.

—Es que no puedo hablarle todavía de ti si he de quedarme unas semanas, porque entonces las convertiría en un infierno y eso no es bueno para nadie, sobre todo para el niño.

—Tampoco es bueno para mí saber que estás con ella y que tendrás que acostarte en vuestra cama, ¿te imaginas lo de cosas que se me pasarán por la imaginación?

—Pues pasa de todas ellas porque no va a ocurrir nada entre Nora y yo, ¿crees de verdad que ella está pensando ahora en eso? Y por la parte que me toca, sabes que solo tengo ojos para ti.

—Ella no lo pensará la primera ni la segunda noche, pero luego los días comenzarán a pasar y todo se calmará, también su ansiedad. Y será entonces cuando quiera...

Las lágrimas se asomaron a sus ojos y me sentí inmensamente presionado, tanto que por un momento hubiera querido salir corriendo e irme solo a lo alto de un monte, a chillar allí y a olvidarme de todos los problemas.

Adoraba a Iris, la adoraba, pero en ese momento no estaba para presiones, eso lo tenía más que claro.

—Ya, bonita, borra de tu preciosa cara esas lágrimas porque todo va a salir bien.

—Supongo que sí, pero tengo miedo, ¿te acuerdas de cuando te dije que temía que todo se volviera a torcer?

—Lo recuerdo perfectamente. Recuerdo eso y también que te prometí que todo saldría bien y va a salir.

’ —Pues de momento no es que vaya muy bien—suspiró.

—Las aguas volverán a su cauce cuando Nora se tranquilice y vea que Irvin está bien, entonces será el momento.

—¿Y si no se tranquiliza?

—Pero, amor, ¿cómo no se va a tranquilizar? Claro que lo hará, todo pasa y ella solo necesita algo de tiempo.

—No sé, Ryan, no sé si es buena idea que yo esté aquí durante ese tiempo. A ver, es que vivo en un hotel, apenas tengo tiempo para verte... No sé si tiene demasiado sentido que permanezca en Cork.

—¿Me estás diciendo que piensas irte? No, por favor, Iris. Sé lo que estás pensando y lo entiendo, te sientes sola, pero te prometo que intentaré que nos veamos cada vez que pueda.

—Y yo comprendo que lo estás intentando hacer lo mejor que puedes, pero es que estoy llegando a la conclusión de que solo me van a quedar las migajas, ¿puedes meterte eso en la cabeza? Quizás fuera mejor que me volviera a Oviedo una temporada hasta que todo esto pase.

—Pero no puedes volver a tu trabajo y lo sabes.

1

—Lo sé, pero tengo a mi familia y a mis amigos, podría quedarme con ellos mientras vemos hacia dónde va lo nuestro.

—No me digas eso, Iris, porque es pensar en que te vuelves a España y me pongo enfermo, totalmente enfermo, amor.

—Vale, pero entonces prométeme que nos veremos todo lo que puedas.

—Eso ya te lo he prometido y lo voy a hacer, te prometo que te compensaré, ¿vale?

—No me prometas nada y hazlo, lo prefiero. Yo soy de las que piensa que las palabras se las lleva el viento.

—No las que yo te diga, mi amor, no las que yo te diga.

Me despedí de Iris y la dejé con lágrimas en los ojos. Mientras iba hacia el coche comprendí que, si nosotros lo estábamos pasando mal, ella también estaba saliendo escaldada de aquella.

Definitivamente, no podía negarle eso que ella tanto decía de que cada vez que dábamos un paso adelante, parecía que alguien nos ponía la pierna encima para que no levantáramos la cabeza. Mi cabeza hervía, pues volvía a estar en una encrucijada todavía más complicada que antes, ¿Cómo seguir el camino de la felicidad sin hacerle daño a nadie?

Me despedí de Iris y la dejé con lágrimas en los ojos. Mientras iba hacia el coche comprendí que, si nosotros lo estábamos pasando mal, ella también estaba saliendo escaldada de aquella.

Definitivamente, no podía negarle eso que ella tanto decía de que cada vez que dábamos un paso adelante, parecía que alguien nos ponía la pierna encima para que no levantáramos la cabeza. Mi cabeza hervía, pues volvía a estar en una encrucijada todavía más complicada que antes, ¿Cómo seguir el camino de la felicidad sin hacerle daño a nadie?

Capítulo 6



Unos días después, mientras yo hacía malabares para conciliar mi vida familiar sin desatender por completo a Iris, todo mejoró cuando al renacuajo le dieron el alta.

—Dile adiós con la manita a Alec—Se la cogí para que se despidiera en el momento en el que lo tuve en brazos para por fin volver a casa.

—Apenas puedo creerme que por fin nos vayamos, “hogar, dulce hogar” —me comentó Nora.

Si algo podía reseñar de ella era el ser toda una madraza, pues no se había separado ni un instante del niño desde que lo subieron a planta. Tanto es así, que no le había vuelto a dar el viento en la cara y cuando por fin se vio en la calle suspiró aliviada.

—Pues sí, eso parece—Sus palabras me estremecían porque ese hogar representaba para mí las cadenas que me separaban de la mujer a la que tanto amaba.

—Mañana es sábado, he pensado que podríamos salir a pasear con el niño por el parque. Alec ha dicho que ahora nada de estar encerrado y que, aunque debemos tomar nuestras muchas precauciones, lo suyo sería que pasara tiempo al aire libre y que recuperara el buen color, que está un poco amarillito.

—Comparto contigo lo de que debe tomar el aire, pero lo de que el niño esté amarillo es ya de tu cosecha, Nora.

—Ya, que nuestro pequeño no es un limón, ¿no? Si es que estoy un poco rara, esa es la verdad. Perdóname, no sé ni lo que me pasa.

—Estás muy estresada, eso es lo único. Mira, he pensado que en estos días podrías llamar a tus primas y quedar con ellas para ir a un SPA o hacer cualquier otro plan relajante, os lo pasaréis fenomenal.

—¿Cómo? ¿Y separarme de Irvin? No, no, de eso nada. Además, ahora que ha vuelto al pecho y que lo toma a demanda, ni de coña... Me sentiría súper mala madre.

—Un momento, un momento, que el niño tome el pecho no quiere decir que no puedas ausentarte unas horas, no

exageres.

—No son exageraciones, ¿o es que me vas a decir también qué tipo de madre debo ser? —me preguntó en el peor de los tonos.

—Nora, yo no pretendía ofenderte, todo lo contrario.

—¿Y a ti qué mosca te ha picado que ya no me dices ni una palabra cariñosa? Ya sé que me llamo Nora, que me vas a gastar el nombre, pero que antes me decías otras cosas.

Igual se le estaba mezclando un poco todo; el estrés postraumático tras lo vivido y el ver que yo ya no era el mismo con ella. De nuevo volvía a desestabilizarla y eso no me agradaba en lo más mínimo.

—No lo sé, perdona. Yo tampoco estoy pasando por mi mejor momento, ¿sabes? Solo te he hecho una sugerencia pero que Dios me libre de hacerte otra, casi me muerdes.

—Perdóname, es que mi humor es como una montaña rusa, tengo pensamientos muy negativos y un tremendo malestar todo el día. Te ruego que me disculpes, sé que lo dices por mi bien, pero es que ahora no me veo preparada para separarme de Irvin.

Acabáramos, ni que yo le hubiese propuesto que hiciera una expedición a la Atlántida. Lo único que le había comentado era que hiciera una escapadita.

Una vez en casa, cogimos la hamaca del peque y lo sentamos en ella, mientras nos disponíamos a preparar el almuerzo. Era viernes y yo no comenzaría a trabajar hasta el lunes, por lo que tendría que aparentar un poco hasta nueva orden. Y hacerlo estando todo el día pegados me costaría especialmente.

—¡Ryan, por favor, ven! —me chilló un rato después mientras me daba una relajante ducha.

Al galope, tuve que salir al galope porque parecía que se estaba cayendo el tejado de la casa.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —le pregunté de lo más asustado.

—Que estaba tosiendo, el niño estaba tosiendo y yo pensé que se me quedaba atorado. Es tan pequeño... Ven aquí hijo mío.

El niño estaba fresco como una lechuga, más bien era ella la que necesitaba desconectar de todo aquello y a marchas forzadas.

Lo sospeché desde el momento en el que salí del hospital, pero me lo confirmó esa noche cuando nos acostamos;

Nora estaba fatal, mucho peor de lo que aparentaba a primera vista.

Por primera vez, llevó la cuna de Irvin a nuestro dormitorio para estar pendiente en todo momento de su respiración. Hasta ahí todo me pareció normal y, si no lo hubiera hecho ella, se lo habría propuesto yo, pero lo que vino después...

A las cuatro de la mañana allí no había pegado un ojo ni el apuntador, algo con lo que ya no pude.

—Por favor, está bien, ¿no lo ves?

—Pero si está llorando como una Magdalena, algo le pasa, ¿no lo entiendes?

—Lo único que le pasa es que cada vez que se queda dormido lo despiertas para comprobar si respira bien. Y claro, al final está que se cae de sueño y de malas pulgas.

—Total, que la culpa es mía. Claro, las madres, que somos todas unas exageradas, ¿no es eso lo que pensáis los médicos?

Nora estaba de lo más tiquismiquis, no había quien la aguantara, por lo que pensé que sería mejor no entrar al trapo.

—Prefiero no decir nada.

—Claro, no me dices nada y me das la razón como a los locos, ¿no es eso? Dímelo.

—Nora, necesito dormir. Y el niño también, por lo que más quieras, relájate un poco, que son las tantas de la madrugada.

,

Nora estaba fatal, mucho peor de lo que aparentaba a primera vista.

Por primera vez, llevó la cuna de Irvin a nuestro dormitorio para estar pendiente en todo momento de su respiración. Hasta ahí todo me pareció normal y, si no lo hubiera hecho ella, se lo habría propuesto yo, pero lo que vino después...

A las cuatro de la mañana allí no había pegado un ojo ni el apuntador, algo con lo que ya no pude.

—Por favor, está bien, ¿no lo ves?

—Pero si está llorando como una Magdalena, algo le pasa, ¿no lo entiendes?

—Lo único que le pasa es que cada vez que se queda dormido lo despiertas para comprobar si respira bien. Y claro, al final está que se cae de sueño y de malas pulgas.

—Total, que la culpa es mía. Claro, las madres, que somos todas unas exageradas, ¿no es eso lo que pensáis los médicos?

Nora estaba de lo más tiquismiquis, no había quien la aguantara, por lo que pensé que sería mejor no entrar al trapo.

—Prefiero no decir nada.

—Claro, no me dices nada y me das la razón como a los locos, ¿no es eso? Dímelo.

—Nora, necesito dormir. Y el niño también, por lo que más quieras, relájate un poco, que son las tantas de la madrugada.

Capítulo 7



Sábado por la tarde y necesitaba airearme. Bajé a hacer un recado y llamé a Iris.

—Necesito verte, bonita mía. No sabes cuánto lo necesito. Esto está siendo más duro de lo que pensaba.

—Ya me lo imagino. Yo también me paso el día sola y acordándome de ti. Al final me voy a hacer guía turística de Cork, me conozco todos sus rincones.

—Con lo que me hubiera gustado poder enseñártelos yo, sabes que no me ha sido posible...

—Lo sé y no te culpo por ello, bastante tienes con lo que tienes, ¿cómo está Irvin?

—Ese granujilla está mejor que quiere, esta mañana lo hemos llevado al parque y todo le llamaba la atención.

—¿Habéis estado en el parque en familia? —me preguntó con cierta tristeza.

—Sí, Nora se empeñó, pero en mala hora. No sabes la que me ha dado allí.

—¿Y eso? No lo entiendo.

—Pues que ahora le ha dado por querer desinfectar todo lo que el niño va tocando y ya le he explicado un millón de veces que no es bueno, que no fortalecerá sus defensas si lo mete en una burbuja.

—Y ella erre que erre, ¿no?

—Sí, ni te lo imaginas, va con el gel desinfectante por todos los lados, es una pesadilla.

—Está súper angustiada.

—Y de un humor de perros, no veas. Si al mediodía han venido mi madre y Frank y los ha despedido con cajas destempladas, con eso te lo digo todo. Ni se han quedado a comer viendo el percal.

—Uff, amor, ¿y estás seguro de que no le pasa nada más? Porque no digo yo que no tenga motivos para estar mal, pero es que me parece demasiado.

—Hasta donde yo sé no le pasa nada más. Y no quiera Dios que le pase, porque está absolutamente insoportable. Necesito ir a verte en cuanto pueda, no te imaginas cuánto lo necesito. ¿Qué te parece mañana por la tarde?

—¿Vendrás? Ay, Dios, ya contaba con que igual no te vería en todo el fin de semana, me das una alegría.

—No, no, o te veo o me tiro por un puente. No sabes lo muchísimo que te echo de menos. Recuerdo cada uno de los momentos que pasamos en nuestra escapada y es que me parece como si ahora estuviera en otro mundo.

—Como si hubiese pasado una eternidad, ¿verdad? A mí también me lo parece, pero eso es porque todo ha sido demasiado intenso. Tú lo que necesitas es que yo te haga un buen masaje que te ayude a olvidarte de todo.

—No me lo digas que me derrito—resoplé.

—Busca una excusa y vente un par de horitas, ¿eh? Nada de un café rápido.

—No lo dudes, he logrado que sus primas vengán a verla a casa mañana y me voy a quitar de en medio sí o sí.

—Pues yo ya estoy soñando con ese momento, amor, qué emoción.

—Yo sí que estoy soñando, no sabes cuánto.

Por medio tuvimos otra noche toledana, porque Nora comenzó con la misma gaita y yo dudaba entre si cortarme las venas o dejármelas largas.

—¿No comprendes que el niño tiene que dormir? Qué perra te ha dado, por el amor de Dios, si está respirando perfectamente.

—Tú, con tal de echarte a dormir, dirías cualquier cosa. Es lo que tenéis los hombres, que sois de lo más egoístas, pero ahora me dirás que no, que también son cosas mías.

Me eché la cremallerita en la boca porque sería mejor no discutir nada con ella. Cosa que yo decía, cosa que le sentaba fatal. Nora se pasaba el día buscándole los tres pies al gato y yo decidí aquella noche que calladito estaba más mono.

—No, esto sí que no, ¿no ves lo mucho que yo me muevo y que lo puedo aplastar? —le pregunté cuando vi que lo había metido en la cama.

—Así le escucho la respiración y estoy más tranquila.

Más tranquila decía, cuando estaba hecha un manojo de nervios y se tomaba los relajantes como gominolas. Eso sí, efecto no le hacían ninguno, que los ojos los tenía como un búho.

Encendía, apagaba la luz, cogía al niño, lo soltaba... Una nohecita mucho más movida que si estuviéramos en una disco en Ibiza.

—¿Qué miras? Seguro que ya me vas a criticar, ¿no? Ya verás cuando llegues el lunes al trabajo, me sacarás las tiras de pellejo con tus compañeras, lo veo venir.

—¡¡¡Ya!!! —le di un chillido porque no podía más, me estaba volviendo totalmente loco.

—A mí ni se te ocurra chillarme porque no respondo.

—Nora, yo no pretendo chillarte, pero es que estás paranoica. Yo también he pasado por el proceso y no ha sido fácil, pero tenemos que encontrar el modo de que te relajés.

—Si te parece me pongo a hacer calceta. Paranoica me dices, cómo se nota que tú no lo has llevado en tu vientre, cómo se nota.

—Pero a mí también me duele, no lo olvides.

—Sí, pero tú ni siquiera sabías de su existencia hasta hace tres días y medio. Sin embargo, yo lo he llevado en mi vientre y daría mi vida por él.

—No me tires de la lengua, porque si no he sabido de su existencia no ha sido por mi gusto—me quejé.

—Y ahora vas a sacar los trapos sucios, sabiendo lo mal que estoy. No tienes vergüenza, Ryan, a mí no me acuses de nada porque se me va la perola.

—La perola se te está yendo sin que yo haga nada, Nora, no me acuses porque estás haciendo que el vaso rebose y solo le falta una gotita.

También vertí en ella todo el malestar que llevaba dentro. Quizás no fuese justo, pero a mí me salía la tensión por

› la punta de las orejas...

›

7

la punta de las orejas...

Capítulo 8



El domingo volvimos a salir de paseo con Irvin y Nora parecía tener manís persecutoria por la calle. Hasta miedo comenzaba a darme.

—¿Se puede saber lo que estás mirando, por favor? —le pregunté mientras empujaba el carrito del niño. Es que me estás poniendo de lo más nervioso.

—Nada, cosas mías...

Miraba detrás de los matorrales, de los árboles, de los coches, como si alguien fuese a venir con un palo y quitarnos a Irvin. Ya podían venir con un lanzacohetes que a mi hijo no le pasaría nada, pero ella estaba consiguiendo tocarme de los nervios.

Llegamos al parque y tres cuartos de lo mismo. Pendiente de los movimientos de todas las madres, con una mirada de loca que a más de una no se le pasó por alto. Es más, noté que algunas personas nos rehuían.

—Nora, ¿tú has pensado en la posibilidad de ir a un psicólogo? —le pregunté porque comenzaba a ver peligrar seriamente su salud mental.

—¿A un psicólogo? Tú lo que quieres es que yo vaya de loquero en loquero y así no tener que casarte conmigo, ¿te crees que no me he percatado de que ya no te hace ilusión? —me preguntó casi a chillidos y todo el mundo nos miró.

—Vámonos para casa—le dije.

—¿Cómo? Acabamos de llegar y yo no voy a ninguna parte.

—Pues entonces me voy yo, quédate. Y me llevo al niño.

—¿A Irvin? Ni majara, al niño no te lo llevas a ninguna parte, él se queda con su madre.

—Nora, no estás en condiciones y será mejor que me lo lleve yo.

—Si coges el carrito, te aseguro que llamo a la policía y digo que lo estás secuestrando.

—Pero eso es ridículo, yo soy su padre. Por esa regla de tres simple, podría hacer lo mismo en el caso de que lo cogieras tú.

—No es lo mismo, ¡yo soy su madre! —me chilló de nuevo dejándome en evidencia delante del parque entero.

No me habían sometido a un bochorno público así en la vida. Lo pasé fatal y encima sin atreverme ni a menearme de su lado por no dejar al peque solo con ella.

Suspiré y llegué a la conclusión de que estaba totalmente acorralado. Por días las cosas se me estaban poniendo peor y yo soñaba con ese par de horas que me escaparía por la tarde a mi particular refugio, a ese que amaba y en el que sentía que todos los problemas se iban por un rato; a los brazos de Iris.

Conseguí que, horas más tarde, se durmiera una siestecilla al mismo tiempo que lo hacía Irvin, que de momento estaba perfecto. No había vuelto a darnos el más mínimo susto, por más que su madre casi me matara a ellos malinterpretando cualquier gesto que hiciera el peque.

a Nora pareció despertarse algo más relajada y eso me tranquilizó un poco. La falta de sueño también le afectaba una barbaridad. Tenía que conseguir que aceptase ir a terapia o no me vería encadenado a ella para siempre.

A media tarde llegaron sus primas y todas cogieron amorosamente al bebé que les sonreía, dejándose querer. Esa era la mía, la ocasión perfecta para escabullirme sabiendo que Irvin no podría estar en mejores manos.

o—Nora, yo me voy a tomar una cerveza con Ronan durante un par de horas, necesito despejarme—le dije cuando salí de la ducha.

—Vale, vale. Si, vete, anda, que no hay quien te aguante últimamente.

Lo que me faltaba por oír, suerte para ella que yo no tenía ganas de trifulca o le hubiera hecho saber quién estaba insoportable de verdad.

—Ok, te veo luego, ¿vale? —Le di un beso en la mejilla. Ya no me salía hacerlo de otra forma y siempre que podía me escabullía.

Ella se dio la vuelta y, para mi sorpresa, la escuché dar un grito de no te menees...

—¿Qué haces, Gladys? —le preguntó a una de sus primas.

—Nada, cariño, le he puesto un poco de nata a Irvin en la nariz para hacerle una foto.

—¿Un poco de nata? ¿Tú quieres matar a mi niño?

—¿Matarlo? Por el amor de Dios ni que hubiera jugado con él a la ruleta rusa, ¿de qué me estás hablando?

Tuve que intervenir porque Gladys tenía más razón que un santo y a la otra se le estaba poniendo esa cara de muñeco Chucky que tanto me acojonaba.

—Nora, por favor. Deja en paz a Gladys, que no ha hecho nada malo.

—¿Y tú eres médico? Yo no sé si es que los títulos os los están dando últimamente en una tómbola o qué narices es lo que pasa, porque no entiendo nada de nada.

—Mujer, pero si yo solo estaba haciendo una gracia, si llego a saber que te ibas a poner así—argumentó la otra.

—¿Una gracia? Vete inmediatamente de mi casa, ¡que te vayas! —le gritó y todos nos quedamos atónitos.

—Mira, si nos vas a tratar de este modo, nosotras también nos vamos—le dijo otra de sus primas, que era hermana de Gladys y que tenía una cara de descomposición que no podía con ella.

—Buena idea, ¡fuera todas de mi casa! Vamos, vais a venir a atentar contra la salud de mi hijo, con lo malito que ha estado.

—Yo es que no doy crédito, chicas, lo siento una barbaridad—les dije mientras recogían sus cosas.

—Ya salió el diplomático, ¿prefieres irte también con ellas? Hazlo y déjame sola, que estás deseando coger el pescante.

No sabía ella hasta qué punto lo deseaba, pero obvio que en tales circunstancias no podía irme y dejarla a solas con Irvin.

—No, me quedo, pero tú y yo vamos a hablar.

Una cosa era que no estuviera bien y otra muy distinta que no aceptara ayuda profesional, ya que en su decisión de no hacerlo también me arrastraba a mí.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso? —le pregunté una vez a solas, ¿no entiendes que solo le ha puesto un poco de nata en la nariz y que no era radiactiva?

—Pero igual se le pudo ir hacia la boca, ¿y si Irvin es intolerante a la lactosa y entra en shock en ese momento?

—¿Y a santo de qué ha de ser intolerante a la lactosa? ¿Tú te crees que ahora nos va a pasar de todo? Cierra las ventanas, no sea que vengan de camino las siete plagas de Egipto, guapa.

—Y encima con guasa. Mira, yo te voy a cantar las cuarenta porque empiezo a estar muy harta de que te rías de mí.

—No, perdona, pero hoy el que te va a cantar las cuarenta soy yo, que también tengo algo que decir...

a

e

—¿Se puede saber a qué ha venido eso? —le pregunté una vez a solas, ¿no entiendes que solo le ha puesto un poco de nata en la nariz y que no era radiactiva?

—Pero igual se le pudo ir hacia la boca, ¿y si Irvin es intolerante a la lactosa y entra en shock en ese momento?

—¿Y a santo de qué ha de ser intolerante a la lactosa? ¿Tú te crees que ahora nos va a pasar de todo? Cierra las ventanas, no sea que vengan de camino las siete plagas de Egipto, guapa.

—Y encima con guasa. Mira, yo te voy a cantar las cuarenta porque empiezo a estar muy harta de que te rías de mí.

—No, perdona, pero hoy el que te va a cantar las cuarenta soy yo, que también tengo algo que decir...

Capítulo 9



Nos pusimos finos filipinos aprovechando que Irvin se quedó fritito y lo llevamos a su cuna...

Había llegado un momento en el que la presión comenzaba a pasarme factura y estaba que no me aguantaba ni yo, algo tremendo.

Lo peor de todo fue que una hora después, cuando los reproches por ambas partes cesaron y yo saqué la bandera blanca porque no podía más, me di cuenta de que había dejado totalmente tirada a Iris.

Para entonces, Nora había echado mano de un buen puñado de relajantes, por lo que no me atreví a moverme de su lado por si caía tiesa como un ajo.

Así de incoherente era, tan preocupada como estaba con el peque, y de repente me sorprendía en una de esas.

Salí un instante a la calle a llamar a Iris, pero no me contestó. Nada podía reprocharle, debía estar más cabreada que una mona.

Entré rápidamente y me desesperó el llanto hiposo de Nora en el sofá. Tenía yo un panorama que era como para saltar de alegría. Me senté a su lado y traté de consolarla, no tardando en quedarse dormida. Aproveché para enviarle un mensaje de WhatsApp a Iris que le entró inmediatamente y lo leyó, pero me dejó en visto. Nula respuesta por su parte, lo que equivalió a que yo no pudiera pegar un ojo esa noche.

Ojeroso, me levanté para ir a trabajar, cuando lo que realmente necesitaba era irme a un SPA un mes, pues me dolían hasta las pestañas del mucho estrés que acumulé.

Puse el despertador media hora antes de lo normal para acercarme por el hotel de Iris a darle un beso y a disculparme en persona. Estaba llegando a él cuando me entró un WhatsApp suyo.

Iris: “Querido Ryan, he esperado hasta este momento para escribirte porque no quería que me buscaras para convencerme de que no me fuera. Ya es tarde, pues estoy sentada en el avión. No ha sido algo premeditado, lo decidí ayer cuando comprobé que, por mucho que tú quieras, no tienes tiempo para mí. Está en mi deseo el que sepas que lo entiendo a la perfección, que ahora debes estar con quienes más te necesitan, que la cadena siempre

se rompe por el eslabón más débil y, en este caso, ese eslabón somos nosotros. No te voy a negar que nos queramos con locura, sé que es mutuo, lo pude ver con mis propios ojos en aquellos maravillosos días que pasamos juntos, pero ahora tienes otras prioridades y no te niegues ni me niegues que las cosas se te están poniendo muy difíciles para irte de casa. No te escribo para hurgar en la herida, lo hago para liberarte en parte de una presión que sé que te está afectado más de lo que reconoces. Vive como puedas, te deseo lo mejor. Yo haré lo mismo y solo le pido a la vida que algún día la herida que en ambos queda al alejarnos deje de sangrar. Te quiero”.

Ella me quería y yo lo que quise fue morir en ese momento. Iris se había ido, demasiado tardó. Desde que llegamos de nuestra escapada apenas tuve un momento para ella y lo peor es que veía que la cosa no tenía visos de mejora. No en un momento en el que Nora estaba para que le pusieran la camisa de fuerza.

Lloré, lloré como un niño dentro de mi coche y esa media hora de más que tenía la aproveché para verter un millón de lágrimas sobre el volante.

Iris se había ido y se había llevado con ella su sempiterna sonrisa, esa que me alegraba los días, ¿quién aparte de mi hijo me los colorearía a partir de ese momento?

Me sentí como un autómata, como una persona que tiene que tirar hacia delante sí o sí, pero ya sin ilusión, ya sin ese motor que le marcaba el rumbo. Las manos me temblaban cuando traté de meter la llave para arrancar. Era normal, el cansancio estaba haciendo mella en mí. Y no me refiero solo al cansancio físico, sino a un cansancio del alma que era todavía mucho más duro de llevar, de lidiar con él...

Sin fuerzas, puse rumbo al hospital. Nora se había despertado conmigo y esa mañana lo hizo con más normalidad. Ojalá que la bronca que tuvimos le sirviera para quitarse esa tormenta mental y volver de nuevo a lo que era.

Mi madre también me había prometido que se pasaría a verlos a media mañana y eso me tranquilizaba. Ella entendía bien a Nora incluso cuando sacaba de quicio a todo el mundo.

La llegada al hospital fue de lo más bonita, porque mis compañeras estaban esperándome para darme la bienvenida por la recuperación del peque. Y, en especial, Deidre, Cassandra y Alda. Vivir para ver, al final había hecho muy buenas migas con todas, también con la de en medio, que tanta caña me dio.

—Te tenemos una cosita, espera y no seas tan rápido, que hoy no te libra nadie de desayunar con tus chicas—me advirtió Deidre mientras sacaba una tarta en la que se leía “Al mejor padre del...”, seguido de una bola del mundo en color azul.

—Anda que no os lo habéis currado—les dije emocionado mientras la lagrimilla iba hacia fuera. Poco sabían ellas que en cierto modo obedecía a lo triste que estaba por la marcha de Iris.

—Estas, que son unas moñas, yo te hubiera dado una vuelta en moto y se te habrían quitado todas las tonterías, pero todavía son de las que creen que el chocolate puede sustituir a otras emociones más fuertes—Me guiñó el ojo el bichillo de Cassandra.

—Hija, que no es eso, pero que el chocolate obra milagros también es cierto.

—A la par que ensancha las caderas, que eso también lo hace milagrosamente—le aseguró la otra.

e

)

s

—Estas, que son unas moñas, yo te hubiera dado una vuelta en moto y se te habrían quitado todas las tonterías, pero todavía son de las que creen que el chocolate puede sustituir a otras emociones más fuertes—Me guiñó el ojo el bichillo de Cassandra.

—Hija, que no es eso, pero que el chocolate obra milagros también es cierto.

—A la par que ensancha las caderas, que eso también lo hace milagrosamente—le aseguró la otra.

Capítulo 10



Unas horas después, cuando todavía me faltaban unas cuantas para terminar mi turno, fui consciente de que me era imposible seguir currando.

El dolor de cabeza me estaba matando y en esas circunstancias no podía arriesgarme a que ninguna paciente pagara los platos rotos de mi situación personal.

Pedí permiso para marcharme y me fui a casa. No le comenté nada a Nora ya que, si por casualidad había salido con Irvin, me encontraría con un rato de paz que necesitaba más que nunca en una mañana en la que me sentía acabado.

No le había escrito nada a Iris porque entendía que le asistía toda la razón. Sería muy injusto que tratara de retenerla para que siguiera sufriendo cuando, en el fondo de mi corazón, yo no sabía en qué momento podría ofrecerle nada. En casa las aguas estaban demasiado revueltas como para irme, no le podía hacer eso a mi hijo.

Metí la llave en la cerradura y, para mi sorpresa, escuché que Nora estaba acompañada y de buen humor, cosa que me alegró hasta la saciedad. Hacía tiempo que no la escuchaba reír y en ese momento lo estaba haciendo.

—No sabes cómo me alegra lo que me dices, es que me estaba volviendo loca sin poder dar contigo y sin saber si lo que tenía Irvin era lo mismo que lo de aquel sobrino tuyo que falleció. Gracias al cielo que no, pero es que comparten genes y eso me asustó mucho.

—Ojalá hubiera sabido que estabas pasando por un trance así, con una sola llamada te habría quitado ese sufrimiento, pero es que desde que discutimos la última vez por teléfono decidí que era mejor que no volviéramos a hablar, por eso no te llamé más. Y en estos días he estado de viaje, apenas le he echado cuenta al móvil.

Yo conocía muy bien la voz de quien así hablaba, que no era otra persona que Harry, el jefe de Nora. Pero ¿qué decía ella de que Irvin y él compartían genes? Estupefacto, aproveché que no habían escuchado que llegué para seguir empañándome de cuanto decían.

—Es que te habías empeñado en volver a mi vida en un momento en el que ya estaba de nuevo con Ryan, no era justo. Con lo que sufrí cuando te alejaste de mí, vaya cosa.

—Y no sabes lo que me arrepentí después de no querer saber nada del niño, pero ya era tarde, le habías buscado otro padre.

—Sí, Ryan se creyó eso de que el niño era suyo a pies juntillas. Y he de decir que pagó con creces lo golfo que fue porque se la metí doblada.

—Lo dices como si tú hubieras sido una monja, no te jode. Que bien que lo corneabas, aunque él estuviera haciendo lo mismo.

Sentí que hasta la tensión se me bajaba, Irvin no era mi hijo y aquellos dos frivolisaban al respecto riéndose. Se veía que Nora tenía esa preocupación, la de que un sobrino de él que falleció y de ahí que se estuviera volviendo loca. Eso lo explicaba todo.

También el que me echara de casa cuando se enteró de lo de Nessa, como que ella ya estaba con Harry. Y luego, cuando supo que estaba embarazada de él se llevó el gran palo, que quiso enmendar adjudicándome la paternidad en el momento del nacimiento.

El dolor que sentí en mi interior fue absolutamente indescriptible. Y no solo porque me hubiera engañado tan vilmente, aprovechándose de mi buena fe para con el niño, sino, a años luz de cualquier otro dolor, porque Irvin no fuera mi hijo.

Permanecí algunos minutos más escuchando aquella jugosa conversación...

—Y ahora que he vuelto a tu vida, ¿qué? —le preguntó él.

—Ahora es posible que te deje ser el padre del año, porque Ryan está muy rarito. Ese me ha tomado por tonta, pero a robar va a venir a la cárcel... Seguro que ya tiene un lío de faldas, lo mismo con una que se llama Cassandra, una compañera suya, más morbosa que todas las cosas.

—Te pone cachonda, ¿eh? —le preguntó él mientras la tomaba por la cintura y la besaba.

—Un poco, ¿te acuerdas cuando nos lo montamos los dos con Marilyn?

—Todos los putos días, me acuerdo todos los putos días, MMM...

Tuve suficiente y salí en ese momento.

—Buenas, no sabía que tuviéramos invitados para comer...para comérselo todo—le dije a Nora con la más irónica:

de las voces.

—Ryan, ¿cuánto tiempo llevas ahí? —me preguntó con el semblante totalmente desenchajado.

e—El suficiente para enterarme de que te has cachondeado bien de mí y de que no soy el padre de Irvin, ese tiempo...

—Ryan, yo no quería. Verás, las cosas sucedieron así, a veces una no es consciente del daño que puede hacer...

—No te preocupes en disculparte que lo he escuchado todo. Sé que no fue algo puntual y que estabas liada con este—le indiqué.

—Bueno sí, ¿y qué pasa? —Dio Harry un paso al frente.

—Si llegas a mi altura te parto la cara, hijo de puta. Y no pienses que lo haré por ella, que ya me importa un bledo sino por lo mierda que has sido de quitarte de en medio y no hacerte responsable del niño.

—Las cosas no son tan fáciles como parecen algunas veces, ¿quién eres tú para criticarme? Ven si te crees tan chulo.

El muy payaso se puso en guardia y hasta dio unos saltitos en el suelo como si fuéramos a practicar boxeo. De un solo golpe lo habría noqueado y no porque me considere un portento, sino porque en ese instante los odiaba a los dos; a él y a ella.

—Por favor, no quiero que os peleéis, aquí no—nos pidió Nora.

—Cuidado, Harry, que está de lo más maniática. Aquí no, no sea que le manchemos la cocina de sangre. Mira, so mierda, te fulminaría de un solo golpe, pero voy a dejarte de una pieza para que te ocupes de una puta vez de un niño que no tiene la culpa de nada. Y te juro por Dios que, si en alguna ocasión me llega, aunque solo sea un rumor de que no estás haciendo bien las cosas con él, vengo y te parto el alma.

Quien tenía el alma partida, pero partida en dos, era yo. Subí precipitadamente a hacer mis maletas y salí de aquella casa a la velocidad de las balas. Ni una sola palabra más salió de sus asquerosas bocas igual que tampoco lo hizo de la mía...

Capítulo 11



Salí de aquella casa apretando fuerte, muy fuerte los dientes...

No, no tuve valor de entrar a ver a Irvin en su cunita. Prefería quedarme con el recuerdo de cuando lo miraba pensando que era mi hijo y no con el de ese último momento en el que, además, habría corrido el riesgo de empaparlo en lágrimas.

Llegué a la calle sin rumbo fijo y mi primer instinto fue el de llamar a Iris. A esas horas ya estaría en España y ella era la única persona que podría calmarme un poco.

Tarde, una vez que desembarcó y se hubo cerciorado de que leí su mensaje, me bloqueó de nuevo por todos los medios, no permitiéndome que entrara en contacto con ella.

No podía culparla. Al fin y al cabo, lo único que estaba haciendo era cubrirse las espaldas, lo mismo que habríamos hecho cualquiera de estar en su lugar.

Miré los aviones a Oviedo y, para mi desesperación, no había más ese día. Tendría que esperar hasta el siguiente.

Puedo estar dando la impresión de un tanto desesperado, pero es que así era. Iris era la única persona a la que quería ver en ese momento, a la que deseaba contarle por lo que estaba pasando.

Fue entonces cuando me sonó el teléfono y era mi madre.

—Cariño, ¿cómo va todo?

Yo había descolgado por inercia, sin darme apenas cuenta.

—Mamá...

—¿Qué pasa, hijo? Nora me dijo que no me pasara al final, que tenía unos recados que hacer con Irvin, pero la noté muy nerviosa. Y a ti tampoco te noto bien, ¿no estás en el trabajo?

—No, mamá. He salido y me he encontrado con un pastel que no sé cómo digerir.

Se lo conté muy escuetamente y ella se quedó como si le hubieran derramado un jarro de agua fría por la cabeza.

—Acabáramos, ¿es posible que esa mujer se haya quedado así con nosotros?

—Es posible, mamá. Es posible... Esta vez te ha fallado esa intuición tuya, porque tampoco te diste cuenta.

—Hijo, pues sí, se ve que la intuición no es una ciencia perfecta, porque si me pinchan no me sacan ni una gotita de sangre, ¿estás con Iris?

—No, mamá, Iris también se ha ido...

^aNo consentí ir a su casa porque yo no era ningún quinceañero y porque ese día no aceptaría otra compañía que no fuera la de una buena botella de whisky, de la que comencé a beber tan pronto como llegué a casa de Ronan.

—Dime por favor que hoy no viene Susan, porque necesito que me des asilo político. A mí y a esta—le indiqué a la botella.

—¿Quién coño eres tú y qué has hecho con ese formal padre de familia en el que se ha convertido mi amigo?

—Ya no hay hijo, amigo, ya no hay hijo...

A Ronan hasta se le quedaron los ojos en blanco escuchándome.

—Te juro por Dios que me quedo muerto, pero si hasta te estaba presionando para que te volvieras a casar con ella.

—Sí, porque quería asegurarse de amarrar bien al pelele, qué estúpido he sido.

—Nos hubiera pasado a cualquiera. Al final, tanto leerte la cartilla y ha sido ella quien te ha metido un gol por la escuadra.

—Lo que me ha metido ha sido un balonazo en todos los cataplínes, porque no te imaginas cómo duele, amigo, es que no te lo imaginas.

Durante las siguientes horas, ahogué mis penas en alcohol, lo mismo que por la noche, hasta que me quedé

dormido con una tajada como un piano.

La misma vida me costó levantarme por la mañana cuando la alarma sonó y Ronan me recordó en qué mundo estaba.

—Levántate, amigo, voy a ayudarte a que parezcas una persona. Vamos a la ducha.

Ni mantenerme en pie podía todavía, de modo que aquella ducha fría, si bien primero me hizo acordarme de toda la familia de Ronan, terminó por sentarme bastante bien, pues me despejó un poco.

Gracias a ello, pude sentirme una persona cuando llegué al aeropuerto y abordar la terminal sin ir haciendo eses.

Ya sentado en el avión, miré hacia fuera y pensé que necesitaba alejarme de Irlanda, de mi tierra, por una temporada.

El recuerdo de Irvin me perseguiría más tiempo del deseado y quizás, el poner kilómetros de por medio ayudara a cicatrizar una herida que, de otro modo, permanecería abierta durante demasiado tiempo.

Para colmo, cerca de mí había una pareja con un pequeño zalamero pelirrojo cuya sonrisa me recordó inevitablemente a la suya, por lo que me hubiera pimplado otra botella en ese mismo avión de haber podido, con tal de disipar un recuerdo que me dolía como si me lo hubiesen grabado a fuego.

No puedo decir que recuerde nada más de un vuelo en el que, afortunadamente, me quedé dormido como un tronco.

De hecho, cuando la azafata me avisó de que tenía que ponerme el cinturón porque íbamos a aterrizar pensé que se trataba de una broma.

—Pero si acabamos de despegar, no puede ser, ¿no?

—Me temo que puede ser. Usted ha venido durmiendo todo el tiempo, póngase el cinturón que ya mismo está en tierra astur.

En tierra astur...una tierra en la que me esperaba mi otra sonrisa favorita.

e

Capítulo 12



No sabía por dónde empezar a buscar, pero aun a riesgo de encontrarme con Demetrio y de terminar los dos a puñetazo limpio, me acerqué a la clínica.

Allí apelé a la amabilidad de Patri, una de las auxiliares con la que me llevaba fenomenal.

—Pero Ryan, es que por la Ley de Protección de Datos yo no puedo darte la dirección de su madre, se me podría caer el pelo.

—¿Bromeas? Si tienes una melenaza de anuncio, le vas a quitar el puesto a Mario Vaquerizo. Venga, Patri, que de veras que ella no se va a enfadar, dámela antes de que alguien le vaya a Demetrio con el cuento de que estoy aquí y se líe, ¿tú quieres que salgamos en los periódicos? No, ¿verdad? Pues hazme caso—Le puse carita de cordero degollado y, como algo sí que debía salirme bien, me salió aquello.

Eso sí, hablando de salir... cuando las desgracias vienen dicen que nunca lo hacen solas y lo que yo no vi fue venir aquella moto cuando iba en dirección a la casa de su madre.

Debió ser un accidente espectacular, del que todavía hoy no recuerdo nada, pues mi cuerpo se elevó varios metros y terminé dándome un hostión en el suelo de esos para haberme matado.

Me lo contó mi padre horas después, cuando me desperté en el hospital, que por suerte no era en la clínica en la que trabajé o Demetrio se hubiera encargado de asfixiarme con una almohada, como en las pelis de suspense.

—Hijo de mi vida, te garantizo que han podido matarte, apenas me puedo creer que solo tengas contusiones.

—Contusiones y un fortísimo golpe en la cabeza que me hará mantenerlo en observación durante varios días—añadió Edu, un médico de urgencias que me había atendido al entrar y al que yo conocía muy bien porque trabajó conmigo en la clínica.

—¿Edu? ¿Se puede saber qué haces aquí? Tú estás como Dios en todas partes, ¿no es eso?

—Va a ser que es eso. No, ahora trabajo aquí, no veas la sorpresa cuando estoy a pie de calle esperando al

accidentado y veo que eras tú, almendruco. Te hacía en Irlanda después de toda la movida aquella con el capullo de Demetrio.

—Y así era, pero ahora he venido a por Iris, ¿sabes?

—¿Qué me cuentas? Así que es cierto eso de que los irlandeses se dejan caer por España para llevarse a las chicas más bonitas. Luego no os quejéis cuando hagamos lo propio nosotros.

—Por mí, como si os las queréis traer a todas, solo tengo ojos para Iris. Me tienes que dar el alta, pero ya, que he de ir a buscarla.

—¿Esto lo entiendes? Creo que sí, porque debe ser idioma universal—Me hizo una peineta.

—Eres un cabroncete, pero no me puedes retener aquí.

—Hazme caso, amigo, no está el horno para bollos. Aparte de que estás hecho un Cristo, lo de la cabeza he de observarlo. Solo faltaba que te diera el alta y me lo agradecieras con un susto monumental, déjate, que llevamos una semanita de esas para olvidar aquí.

—¿Ves? E igual eso es contagioso, yo me tengo que ir, tío. He de buscar a Iris.

—A ti no te convienen las emociones fuertes ahora. Despacito y buena letra. Aparte, ¿quieres preocuparla? Lo mejor será que vayas a buscarla cuando estés fuera de peligro, con el alta en la mano.

—Yo opino lo mismo, hijo. Si tú quieres, yo puedo intentar buscar a esa chica, pero será mejor que pasen unos días y que tú mismo vayas por tu propio pie.

Tenían razón y la tenían por el sencillo motivo de que, por mucho que yo quisiera aguantar el tipo, la cabeza me dolía como si un jodido enano se hubiera liado con ella a martillazos. Y pensaba yo que me dolía en los últimos tiempos, aquel sí que era un dolor y lo demás eran tonterías.

Tenía que armarme de paciencia porque además es que yo no estaba en condiciones de nada y necesitaba descansar. De hecho, un par de horas que pasaba despierto actuaban sobre mí como si me hubieran condenado a trabajos forzados y llevara dos días sin parar de currar.

En los siguientes días comencé a sentirme algo mejor. Poco a poco me iba recuperando y, aunque me sentía más agobiado que un cangrejo en un cubo, también pensaba en que ya me quedaba menos para abrazar a Iris, a la mujer por la que suspiraba y la que constituiría la mejor cura para los males de mi cuerpo y de mi corazón.

He de decir en favor de mi padre que apenas se movió de mi lado y en los pocos momentos en los que lo hizo dejó allí de guardia a mi hermano Pelayo, con el que conversaba de chicas pensando que las cosas eran mucho más sencillas a su edad.

—Pues papá dice que a ti las tías se te han dado siempre de maravilla—me decía.

—Sí, de puta madre, solo tienes que ver mi trayectoria. Mira, tú no te fijes en mí, hazme el favor, que no soy ejemplo de nada.

—Pero ahora estás muy enamorado de esa chica, para la que me pediste la firma del disco, ¿no?

—Me tiene loco, hermanito, me tiene loco.

—Joder, pues a mí eso todavía no me ha pasado con ninguna. Que yo salgo y entro con todas, pero que me da lo mismo ocho que ochenta.

Otra ramita de esas dichosas que al tronco salen, se ve que lo nuestro sí que iba en los genes.

—Ya, lo que pasa es que todavía no te ha llegado la tuya. El día que llegue verás que es especial y ya nada vuelve a ser lo mismo.

—Y eso te ha pasado a ti con esa chica, ¿no?

—Eso mismo y los médicos que no me dan el alta, con las ganas que tengo de ir a buscarla. Y todo por culpa de Edu, que es más exagerado que el cine.

—¿Tú quieres que vaya yo? Palabra que no le digo nada a papá.

He de decir en favor de mi padre que apenas se movió de mi lado y en los pocos momentos en los que lo hizo dejó allí de guardia a mi hermano Pelayo, con el que conversaba de chicas pensando que las cosas eran mucho más sencillas a su edad.

—Pues papá dice que a ti las tías se te han dado siempre de maravilla—me decía.

—Sí, de puta madre, solo tienes que ver mi trayectoria. Mira, tú no te fijas en mí, hazme el favor, que no soy ejemplo de nada.

—Pero ahora estás muy enamorado de esa chica, para la que me pediste la firma del disco, ¿no?

—Me tiene loco, hermanito, me tiene loco.

—Joder, pues a mí eso todavía no me ha pasado con ninguna. Que yo salgo y entro con todas, pero que me da lo mismo ocho que ochenta.

Otra ramita de esas dichosas que al tronco salen, se ve que lo nuestro sí que iba en los genes.

—Ya, lo que pasa es que todavía no te ha llegado la tuya. El día que llegue verás que es especial y ya nada vuelve a ser lo mismo.

—Y eso te ha pasado a ti con esa chica, ¿no?

—Eso mismo y los médicos que no me dan el alta, con las ganas que tengo de ir a buscarla. Y todo por culpa de Edu, que es más exagerado que el cine.

—¿Tú quieres que vaya yo? Palabra que no le digo nada a papá.

Capítulo 13



No permití que nadie fuera, porque ya no me quedaba demasiado y decidí yo mismo darle la sorpresa.

Me dispuse a hacerlo la mañana en la que me dieron el alta. Por suerte, y aunque magulladuras tenía para dar y regalar, no me partí ningún hueso, por lo que pude llegar por mi propio pie a su casa.

—Buenos días, ¿es usted Margarita? —le pregunté a su madre cuando me abrió la puerta.

—Hola, no hace falta que me digas nada. Te conozco, sé que eres Ryan, entra por favor, ¿qué te ha pasado?

—Sufrí un accidente hace unos días cuando llegué a Oviedo en busca de su hija—A la mujer se le cambió la cara.

—¿Tú has venido en busca de mi hija? Pero ella me comentó que tenías una situación muy complicada, que tu bebé enfermó y que...

—Sí, tuve toda clase de problemas, pero todos se han solucionado de un plumazo. No le voy a decir que esté contento por ello, eso no. Resulta que mi mujer me engañó e Irvin no era mi hijo. Como usted comprenderá, eso me permite hacer una nueva vida y la única persona con la que quiero vivirla es con Iris.

—Es terrible, lo que me estás contando es terrible.

Cualquiera que tuviera dos dedos de frente lo vería así. Lo que me había ocurrido con Nora no tenía nombre, era una atrocidad.

—Ya, créame cuando le digo que la procesión va por dentro, pero quiero ver a su hija, por favor.

—Ryan, lo cierto es que Iris no está aquí.

—¿Ha salido? Llámela, por favor, a mí me tiene bloqueado. Dígale que estoy aquí, que he venido a buscarla...

—No es tan sencillo. De hecho, hace un par de días que tengo problemas para comunicarme con ella.

—¿No está viviendo con usted? Perdona, pero no entiendo nada.

—Iris llegó muy mal de Irlanda, supongo que eres consciente.

—Sí, y no sabe cuánto lo lamento. Ojalá hubiera podido hacer algo por mitigar su sufrimiento.

—Lo sé, pero el caso es que mi hija decidió unirse a una ONG de esas de médicos que prestan ayuda en todos los lugares más conflictivos del mundo—Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Iris está en algún lugar peligroso? No me diga que sí porque me muero solo de pensarlo.

—Sí, muchacho. Nada más y nada menos que hasta Libia se ha ido mi pobre niña para tratar de olvidar mientras ayuda a los demás, que es lo que a ella le gusta.

—¿A Libia? Pero, por el amor de Dios, si allí hay una situación de lo más caótica, con una guerra a las espaldas.

—No sabes la de cosas que le dije para intentar que dejara en su empeño. Si hasta la amenacé con irme con ella si era necesario, pero no sé si sabes que puede ser terca como una mula cuando se le mete algo en la cabeza.

—Sí, que lo sé, pero cada vez me estoy enterando más—suspiré.

—¿Qué vas a hacer, te vuelves a Irlanda? Yo le diré que has estado aquí cuando logre hablar con ella. Por cierto, es una pesadilla lo de las comunicaciones allí, de locura. Esta aventura suya va a acabar conmigo.

—Lo entiendo, pero no, no voy a volverme a Irlanda, ¿dónde está su hija exactamente?

Yo la idea la tenía muy clara. La buscaría hasta en el fin del mundo si fuera necesario. Me habían dicho Libia, pues Libia, como si tenía que ser en la Conchinchina, pero yo daría con ella.

—Huy, hijo, todo es muy complicado, ¿me estás diciendo en serio que vas a ir a buscarla?

—Sí, señora. Yo adoro a su hija y se la voy a traer sana y salva.

—Solo por eso ya te quiero yo a ti. Y mira que no puedo negarte que en determinados momentos he tenido mis reticencias.

—Es completamente normal, le habría pasado a cualquiera, ¿con quién puedo hablar para saber dónde buscarla?

—Con el chico que lleva la coordinación de la ONG, se llama Raúl, te doy sus señas.

Me despedí de Margarita y me fui volando a buscarlo. Lo último que se me habría pasado por el coco, me iba a Libia, me iba a buscarla a miles de kilómetros.

Logré hablar con Raúl en cuanto terminó una reunión en la que estaba participando.

—¿Ir a buscarla tú solo? Tío es que yo no puedo engañarte, es francamente peligroso. Allí hay que ir con alguien que conozca el terreno y, aun así, nadie te garantiza que no salgas con los pies por delante. Ir solo me parece un suicidio.

—No te preocupes por eso, sé cuidarme.

Me miró con cierta desconfianza y sonreí, cayendo en que mi aspecto no es que avalara precisamente mis palabras.

—Vale, tío, me pilló una moto, le puede pasar a cualquiera.

—Claro, a mí me atropella una todos los días de buena mañana. Mira, Ryan te llamabas, ¿no? Deberías pensártelo mejor y esperar a que salgan algunos otros sanitarios españoles para allá, es probable que lo hagan en un par de semanas, podrás irte con ellos.

—Yo no me espero un par de semanas ni amarrado, tú solo dime dónde puedo encontrarla y allí me planto.

—Con el chico que lleva la coordinación de la ONG, se llama Raúl, te doy sus señas.

Me despedí de Margarita y me fui volando a buscarlo. Lo último que se me habría pasado por el coco, me iba a Libia, me iba a buscarla a miles de kilómetros.

Logré hablar con Raúl en cuanto terminó una reunión en la que estaba participando.

—¿Ir a buscarla tú solo? Tío es que yo no puedo engañarte, es francamente peligroso. Allí hay que ir con alguien que conozca el terreno y, aun así, nadie te garantiza que no salgas con los pies por delante. Ir solo me parece un suicidio.

—No te preocupes por eso, sé cuidarme.

Me miró con cierta desconfianza y sonreí, cayendo en que mi aspecto no es que avalara precisamente mis palabras.

—Vale, tío, me pilló una moto, le puede pasar a cualquiera.

—Claro, a mí me atropella una todos los días de buena mañana. Mira, Ryan te llamabas, ¿no? Deberías pensártelo mejor y esperar a que salgan algunos otros sanitarios españoles para allá, es probable que lo hagan en un par de semanas, podrás irte con ellos.

—Yo no me espero un par de semanas ni amarrado, tú solo dime dónde puedo encontrarla y allí me planto.

Capítulo 14



...Y allí me planté en un par de días, en el Aeropuerto Internacional de Trípoli, con el corazón brincando en mi pecho y con un enorme deseo de abrazarla y decirle que nos fuéramos para casa...

Para casa, era un decir, porque no teníamos casa, pero viviríamos donde ella quisiera y como ella quisiera. Ambos teníamos alas y podríamos hacer uso de ellas.

—Al centro de migrantes de...—le indiqué el que era al taxista y él puso cara de no entender la razón.

—¿Es usted médico? —me preguntó en un inglés razonablemente bueno, al menos más que en un inglés chapurreado.

—Sí, pero no vengo a quedarme, he venido a por mi chica. Ella es enfermera, matrona, trae niños al mundo.

—Hacen falta muchas manos que ayuden en Libia, pero hágame caso, coja a su chica y váyase. Aquí, muchas posibilidades de que le hagan daño.

—Lo entiendo amigo, gracias.

Conforme avanzaba por las calles de Trípoli comprobé que esa paz que tanto anhelaban los libios estaba aún muy lejana. Tras la impresionante muerte del coronel Gadafi en 2011 y el intento de hacerse con Trípoli por parte del considerado hombre fuerte del este del país, el coronel Jalifa Haftar, muchos libios habían perdido sus casas y la miseria se veía por todos los rincones.

El confinamiento causado por el Covid-19 acababa de llegar a su fin en ese momento, pero los que tuvieron la suerte de permanecer en sus casas tampoco es que lo pasaran nada bien.

Cuando uno llega a un lugar así se plantea muchas cosas. Un país tan rico en petróleo y en gas, que ponía nadar en la abundancia, y una absurda guerra que sumió a su población en la depresión, hasta el punto de acabar con la inmensa mayoría de hospitales y clínicas de Libia.

La población, como siempre ocurre, pagó las consecuencias de un conflicto armado que no le iba ni le venía,

careciendo de un nivel de vida que les otorgara la dignidad que como seres humanos precisaban.

Ninguna guerra es buena, pero una guerra civil es la más desastrosa de todas ellas y en la de Libia no hubo bando que tuviera piedad con los civiles, si bien a aquellos que estuvieron al mando del coronel Haftar se les atribuyen las mayores tropelías, consideradas verdaderos crímenes de guerra.

Tan metido en mis propios pensamientos estaba, viendo a todas aquellas personas que caminaban por la calle como zombis, sin rumbo fijo, que no me percaté de que ya estábamos en el centro de migrantes.

Ni que decir tiene que en ese fantasmagórico lugar no podía entrar, así como así, toda vez que estaba fuertemente custodiado. Para que nos entendamos, aquellos no eran más que sombrías y espeluznantes cárceles donde son llevados todos aquellos migrantes que se interceptan en el mar, entre otros, tratando de huir de las pobres de solemnidad condiciones en las que vivían.

Quienes llegaban hasta allí, daba igual sus condiciones físicas o edad, terminaban hacinados en pequeñísimos habitáculos, incluso de un solo metro cuadrado para compartir entre cuatro personas, de modo que hasta turnos para dormir habían de hacer.

Pobremente alimentados con poco más de un trozo de pan duro con queso y sin derecho alguno que hacer valer, ni siquiera al agua limpia que les proporcionara unas mínimas condiciones higiénicas, la única esperanza de estas personas se encontraba en la ayuda internacional que recibían de manos de una serie de valientes médicos que se jugaban la vida con tal de poder mejorar en algo sus lamentables condiciones.

En la puerta, esperé pacientemente, si bien tuve que desplazarme varios metros, pues un par de milicianos me amenazaron. Pese a que yo era extranjero, no pondría mi mano en el fuego por lo que me podría suceder de no hacerles caso.

Llevaba un rato allí apostado cuando vi salir a una chica, que resultó ser escocesa, llamada Leslie.

—¿Iris? Sí, está dentro, ¿eres amigo suyo?

—Espero que más que eso, me llamo Ryan, encantado.

—Ella saldrá en un rato, puedes venir conmigo si quieres, voy a tomar un café. Así que tú eres, Ryan...

¹ La seguí sin poder quitarle la vista a aquel lugar.

—No siempre trabajamos aquí, también a veces estamos en improvisados centros de salud en los que atendemos a adultos y a niños, muchos de estos con problemas gástricos recurrentes debido a la mala alimentación.

—Supongo que, dentro de lo malo, será algo mejor, porque he leído auténticas aberraciones de estos centros de detención.

—Y yo no te las voy a negar. A estos lugares llegan muchos migrantes que pululan por la ciudad, cientos de miles, expuestos a malos tratos y a explotación, así como aquellos que son enviados por la fuerza por la Guardia Costera cuando tratan de huir por mar. No es la primera vez que, para lograr un propósito, se lleva a cabo un tiroteo.

—Ni lo menciones porque me muero de miedo, hasta que no vea a Iris no voy a respirar tranquilo.

—Iris es una tía cojonuda. En los pocos días que lleva aquí no es la primera vez que se ha enfrentado a esta gente en defensa de las embarazadas y de los niños que hay ahí dentro. Es una pasada, no te lo imaginas.

—Vale mucho, mi chica. Pero jamás me habría imaginado que pudiera llegar hasta este punto, es alucinante.

Recordé a Cassandra y a su lucha por las mujeres, ella habría flipado escuchando lo mismo que mis oídos de Iris.

ⁱ—Mucho, es cierto. Es que, a esta pobre gente, el Covid no ha hecho sino joderles más la vida, por si ya no tenían bastante con otras enfermedades como la tuberculosis y la sarna ahí dentro.

—Es que eso digo yo, ¿cómo es posible que no se respeten ni mínimamente las distancias de seguridad y demás?

—¿Distancias de seguridad? Supongo que estarás bromeando, es un chiste, ¿no?

—Perdona, estarás pensando que soy un idiota. También soy pediatra, aparte de idiota.

—Sé muy bien lo que eres, Iris me ha hablado de ti.

—¿Te ha hablado de mí? ¿Y se puede saber lo que te ha dicho?

—Ni de coña, lo que se habla entre las amigas se queda entre las amigas, pero quédate con que sé que eres un buen tío—Me guiñó el ojo.

Ese simple detalle me llegó al alma, porque al menos demostraba que Iris no me guardaba rencor, pese a que la hice sufrir más de lo debido.

^lMe tomé el café sorbo a sorbo, con lentitud. Por lo que me dijo su amiga, tardaría todavía unas horas en poder

verla y los nervios no me permitían moverme demasiado de la zona. Era raro, como si por el hecho de estar cerca pudiera protegerla, cuando ella no sabía ni que estaba allí.

—Oye y una cosa, ¿el tema de las comunicaciones aquí?

—Buah, nos está fallando más que una escopeta de caña, muchos llevamos días sin poder hablar con los nuestros—lo corroboró.

Un rato después, tras contarme muchas cosas interesantes, me comentó que debía volver a entrar, pero que le diría a Iris que yo estaba allí.

—Lo que pasa es que le ha tocado atender un parto y claro, no podrá salir hasta que el bebé no esté en el mundo.

—Claro, claro, dile que de aquí no me moveré, que eso puede tenerlo claro.

Se estaba levantando para marcharse cuando llegó uno de sus compañeros, totalmente soliviantado.

—¡Leslie, hay un tiroteo en el centro de migrantes!

—¿Un tiroteo? No, no puede ser...

Parece que por el hecho de haberlo mentado un rato antes atrajimos la mala suerte.

—¿Un tiroteo? Me cago en todo—Me levanté de un salto y salí corriendo hacia allí.

—No es la primera vez que sucede, estos lugares son muy peligrosos para las personas retenidas, incluso para los que no lo están—me explicó el otro chico mientras corría conmigo en esa dirección.

Por lo visto, en aquellos centros superpoblados, era habitual que la tensión creciera por momentos, sobre todo porque las personas allí hacinadas estaban en esas condiciones durante un período de tiempo indefinido.

—Pero ¿tus compañeros podrían salir?

—Ahora mismo no hay manera ni de salir ni de entrar. Los guardias están de lo más violentos y cualquiera que nueva ficha puede salir fiambre, te lo aseguro.

Me estaba dando unos ánimos cojonudos el chaval, aunque era lo que había.

—Joder...

—Esta gente está acostumbrada a usar la fuerza física, te lo digo yo que atiendo todos los días a víctimas de sus abusos.

Era admirable, admirable ver cómo se exponían con tal de aliviar el sufrimiento del prójimo. Y hablando de sufrimiento, el mío subía de nivel por momentos, pensando en qué podría estar ocurriéndole a Iris, que estaba en el meollo de aquella barbarie.

l

La voz se había corrido y fue bastante la gente que acudió a un centro de detención en el que el tiroteo se escuchaba desde fuera.

—Esto es el pan nuestro de cada día, no me canso de denunciarlo—me comentó un chaval que se apostó a mi lado con su cámara de televisión. Lo de los tiroteos sucede algo menos, pero lo de la leña y demás, ni te cuento.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Demasiado, a veces pienso que llevo demasiado, pero no pienso irme hasta que las cosas no mejoren al menos mínimamente. Esta gente necesita ayuda, no podemos dejarlos colgados.

Las noticias desde el interior llegaban de los más confusas. Tuvimos conocimiento de que había muerto una mujer y de que varias personas más estaban heridas de bala.

—No quiero pensar en que la fallecida sea Iris—le dije a Leslie, que se ponía la mano a modo de visera como si así pudiera traspasar con la vista los gruesos muros que nos separaban de las personas que nos importaban.

—Ni se te ocurra decir eso. Ella es más lista que el hambre y seguro que habrá sabido ponerse a resguardo.

—Pero no tiene experiencia, entiende que solo lleva aquí unos días.

—Ya, pero créeme que la gente que está ahí dentro está hecha de una pasta especial, aquí tienes que aprender a buscarte las papas, el ingenio se agudiza. Es muy complicado, cuando traspasas esos muros es como si entraras en otro jodido mundo.

—Estoy histérico, algo habrá que podamos hacer. No puedo quedarme de brazos cruzados esperando a que le puedan volar la tapa de los sesos a Iris, me va a dar algo.

—Quieto ahí, artista, si no quieres crear un conflicto diplomático. Y entonces, créeme que le habrás hecho un flaco favor a Iris, más bien la habrás puesto a los pies de los caballos, ni se te ocurra.

Se veía que Leslie tenía experiencia en aquellos lares, no así yo, que no me había visto jamás en una coyuntura como aquella.

—Perdona, es que estoy muy nervioso.

—Ya lo sé y por eso debes andar con pies de plomo. Una cagada por tu parte podría hacer que tu chica perdiera la vida. No te exagero cuando te digo que para esta gente una vida no significa absolutamente nada.

Hasta que no llegas a un sitio de estos, no ves de primera mano hasta qué punto puede ser cruel el ser humano. El miedo se iba a apoderando cada vez más de mí.

♪ No sabía qué más me tocaría vivir. Venía de experimentar una pérdida que todavía me dolía como si me hubieran abierto en canal. Por mucho que mi pensamiento estuviera con Iris tampoco podía sacar de mi mente a Irvin, ese hijo mío que ya no lo era y al que no volvería a ver.

Un duelo, la pérdida de Irvin suponía para mí un duelo. Y todavía estaba al comienzo de ese cuando ya tenía otra circunstancia de lo más complicada con la que lidiar. Perder a Iris no estaba en mis planes, eso lo sabía Dios, pero no había nada que yo pudiera hacer.

└ Un rato después cesaron los tiros, pero no hubo ninguna señal de que las puertas del centro de migrantes, ese demoledor lugar pensado para la tortura, fueran a abrirse.

Nunca unas horas se me hicieron tan largas como aquellas, sobre todo cuando el sol nos dijo adiós y la noche se echó sobre nosotros.

En el otro lado del mundo, con un mudo manto de estrellas sobre nosotros, agradecí al cielo que al menos no resonaran los tiros. Quedaba mucha noche por delante y la viví con aquellos amigos de Iris, que ya también lo eran míos.

Se veía que Leslie tenía experiencia en aquellos lares, no así yo, que no me había visto jamás en una coyuntura como aquella.

—Perdona, es que estoy muy nervioso.

—Ya lo sé y por eso debes andar con pies de plomo. Una cagada por tu parte podría hacer que tu chica perdiera la vida. No te exagero cuando te digo que para esta gente una vida no significa absolutamente nada.

Hasta que no llegas a un sitio de estos, no ves de primera mano hasta qué punto puede ser cruel el ser humano. El miedo se iba a apoderando cada vez más de mí.

No sabía qué más me tocaría vivir. Venía de experimentar una pérdida que todavía me dolía como si me hubieran abierto en canal. Por mucho que mi pensamiento estuviera con Iris tampoco podía sacar de mi mente a Irvin, ese hijo mío que ya no lo era y al que no volvería a ver.

Un duelo, la pérdida de Irvin suponía para mí un duelo. Y todavía estaba al comienzo de ese cuando ya tenía otra circunstancia de lo más complicada con la que lidiar. Perder a Iris no estaba en mis planes, eso lo sabía Dios, pero no había nada que yo pudiera hacer.

Un rato después cesaron los tiros, pero no hubo ninguna señal de que las puertas del centro de migrantes, ese demoledor lugar pensado para la tortura, fueran a abrirse.

Nunca unas horas se me hicieron tan largas como aquellas, sobre todo cuando el sol nos dijo adiós y la noche se echó sobre nosotros.

En el otro lado del mundo, con un mudo manto de estrellas sobre nosotros, agradecí al cielo que al menos no resonaran los tiros. Quedaba mucha noche por delante y la viví con aquellos amigos de Iris, que ya también lo eran míos.

Capítulo 15



El día llegó y con él la mejor de las noticias. Las puertas se abrieron y varios de los voluntarios sanitarios que prestaban allí sus servicios pudieron salir.

Cuando por fin la vi venir, portando aquella amplia mochila sobre su pecho, no pude reprimir las lágrimas.

—¡Iris, amor! —Corrí hacia ella mientras uno de los guardianes me miraba con una cara de Bull dog tremenda.

—¡Stop! —me gritó, haciendo el gesto con la mano de que ni se me ocurriera avanzar ni un paso más mientras con la otra acariciaba la impresionante arma que portaba del hombro, con evidentes ganas de darle uso.

—Ryan, ¿se puede saber qué haces aquí? —murmuró por lo bajini Iris al llegar a mi altura mientras abría los ojos al máximo.

—He venido a buscarte, tengo tanto que contarte...—le dije mientras intentaba abrazarla.

—¡Cuidado, cuidado con la mochila! —me advirtió con una contundencia tal que no supe a qué carta quedar.

—Perdona, cariño, ¿te he hecho daño? —Con tanta efusividad como la mía cualquier cosa podría haber ocurrido.

—No, no me has hecho daño, es solo que aquí llevo...—Abrió la solapa de la mochila y enmudecí, aunque debieron hablar mis ojos.

Lo que llevaba en el interior era un bebé ni más ni menos.

—No, no, esto no puede estar pasando, ¿Qué haces con ese bebé?

—Ni se te ocurra echarme la bronca porque yo no te he llamado y disimula todo lo que puedas—me advirtió nuevamente.

—No te voy a decir nada, aunque es evidente que te estás jugando la vida, ¿dónde se supone que vas con ese

bebé?

—A llevárselo a su abuela materna. Su madre acaba de fallecer y su padre lo hizo en el mar. Le he prometido a Malak que su bebé se criará con su abuela y así será. Es una niña y también se llama Malak.

—¿Ha fallecido en el tiroteo? Qué espanto, todavía estoy temblando como un flan.

—No, ha fallecido en el parto. No podía estar más débil, supe desde que la vi que tenía muy pocas posibilidades de sobrevivir. Ella también lo sabía, pero no te imaginas su ilusión porque sacara a la niña de aquí.

—Te estás jugando la vida y lo sabes. Si esta gente nos pilla con el bebé nos fusilará aquí mismo.

—Piensa en Irvin, ¿tú qué harías si fuera tu hijo el que quedara en manos de estos desalmados? ¿Crees en serio que este bebé tiene alguna posibilidad de sobrevivir ahí dentro?

—Tienes toda la razón y te ayudaré en tu propósito, así sea lo último que haga.

No era momento para explicarle nada. Poco podía saber ella hasta qué punto me había removido cuando me dijo que pensara en mi hijo, pero no podía culparla porque ignoraba el gran secreto de Nora.

El precioso bebé por suerte era de piel blanca, lo cual nos fue bastante útil para conseguir nuestro propósito.

Iris sacó de la mochila un *hiyab* y se lo colocó, al mismo tiempo que hablaba con Borja, el compañero que más tiempo llevaba allí.

—Tengo dinero. Necesito un par de pasaportes falsos, por favor, Borja. Por cierto, él es Ryan.

—¿Y se puede saber para qué quieres eso? Estás loca, no puedo permitir que te metas en un lío. Y tú tampoco deberías permitirselo—Me miró.

—Me temo que es una cuestión de vida o muerte—le aseguré sin darle más explicaciones.

—En ese caso, supongo que me lo podréis contar.

—Va a ser que no. Confía en mí, cuanto menos sepas al respecto, mucho mejor para ti—le comentó ella.

—Sé de alguien que os podría ayudar. Se trata de un taxista que es bastante más que eso, es un mafiosillo de cierto nivel que mueve muchos hilos en la ciudad, pero buena persona. Digamos que todo lo hace por ayudar a la gente

y, si le decís que es por un buen propósito, es bastante posible que os eche un cable. Eso sí, yo no os he dicho absolutamente nada y esta conversación no la hemos tenido.

—Claro que no. Y ahora tenemos que irnos—Su mochila comenzó a moverse y Borja la miró alucinado.

—No me digas que... Por favor, Iris, no seas loca, te estás jugando que te metan un tiro entre ceja y ceja.

Hizo caso omiso, como era de esperar. Y yo con ella. A continuación, nos fuimos a ver al tal Halim que encontramos donde Borja nos dijo que estaría.

—Necesitamos un par de pasaportes falsos y un coche—le dijo ella en inglés con una total seguridad.

—¿Estáis locos? ¿Y eso para qué? —nos preguntó el hombre.

—Eso no es de tu incumbencia, ¿nos puedes ayudar o no? —le respondió.

—Supongo que vais a viajar también con vuestra hija, ¿no?

—Por supuesto, la niña viene con nosotros—Ella ya la acunaba en sus brazos en ese momento.

—Vosotros sabréis, pero no os saldrá nada barato.

—El dinero no es problema—le comenté yo. Mi alma al diablo habría vendido en aquel momento con tal de que saliéramos bien parados de aquella.

—Será mejor que así sea, ¿adónde vais?

—A Derna.

—¿Estáis locos? El conflicto armado ha dejado las carreteras hechas polvo. Muchas están llenas de minas, es una locura. Ni conociendo bien el terreno tendréis garantías de salir bien parados.

—Entonces también vamos a necesitar un conductor, a poder ser hermano de ella—Le señalé a Iris, pensando en que esa persona también necesitaría un pasaporte falso.

—Supongo que sois conscientes de que todo esto va incrementando el precio. Conozco a alguien que os puede ayudar, es de allí y se conoce la zona como la palma de la mano. Se llama Hassan y tiene muchas bocas que alimentar. Estoy seguro de que le interesará, ¿cuándo queréis salir?

—Cuanto antes, por favor—le contesté.

—Es posible que podáis hacerlo esta noche. Viajar por el país con falta de luz no es la mejor opción, pero sí cuando se quiere pasar desapercibido. Lo mejor será que vayáis por las zonas rurales, donde existen menos controles, si bien es cierto que los caminos están sin marcar y no hay ni señales de tráfico. Pero Hassan es el mejor GPS que os podáis encontrar, os lo aseguro.

—Arréglalo todo con él y nos veremos esta noche en este mismo lugar—le pidió Iris.

Nunca la vi tan decidida a algo como aquel día, con Malak en los brazos.

—Pero yo no he dicho que sea seguro que podáis salir esta noche—se quejó él.

—El dinero no es problema. Arréglalo, amigo—apuntillé yo.

No sabía ni cómo actuar con ella, pues estábamos en un país en el que rige la Ley Sharía y en el que se pasan los derechos fundamentales de las personas por el arco del triunfo cuando llega el caso, de modo que ni un beso me atreví a darle. Tampoco hizo falta, con su sonrisa lo llenó todo. Por fin su sonrisa a mi lado...

—Tenemos un problema, Malak va a empezar a piar en menos de lo que canta un gallo. Necesitamos prepararle un biberón.

—Tienes razón e igual no es moco de pavo, no sé cuánto de abastecidas estarán las farmacias de un país en el que me han contado tus amigos que los inmigrantes subsaharianos que llegan con la idea de alcanzar Europa por mar terminan siendo vendidos como esclavos en las calles por unos cuantos cientos de euros.

—Esto es una pesadilla, sí. En los pocos días que llevo aquí he visto y oído cosas que jamás habría podido ni imaginar. Y luego nos quejamos por cualquier tontería, a mí me va a cambiar el chip de por vida. Fíjate dónde ha nacido ella y dónde lo ha hecho tu hijo, ¿crees que hay color?

—No, no lo hay. Al margen de eso, ya hablaremos y te contaré con detalle, pero yo no tengo ningún hijo, no soy el padre de Irvin, me enteré hace unos días.

—¿Cómo? No hemos podido ni hablar, tampoco sé por qué diantres vienes con más bollos que la escupidera de un loco ni siquiera lo que estás haciendo aquí, pero es que ahora necesitamos leche antes de que la niña comience a berrear y alguien nos detenga para preguntarnos. Con respecto a ella tenemos menos papeles que un conejo de campo y no hace falta que te diga que las cosas se nos pueden poner muy feas.

—Ya lo sé, mi amor, ya lo sé. Solo quiero que sepas que he venido a por ti y que te quiero, que me he chupado unos cuantos miles de kilómetros para venir a verte, pero que iría a cualquier punto del planeta y que removería Roma con Santiago para decirte que eres la mujer de mi vida y que ahora sí que no hay nada que pueda separarnos, ¿tomas nota?

rMe miró con una cara de amor infinito.

—Ya hablaremos de todo, pues lo de Irvin me ha dejado totalmente en shock, pero que sí, que yo también te quiero, que vamos a dejar a esta niña en su casa y que vamos a estar por fin juntos.

Cuando la escuché decir esas palabras y con tanta seguridad, fue como si me salieran ruedas en los pies y me puse como loco a buscar una farmacia en un país que muchos definían como un mercado de armas. Eso sí llevé conmigo en todo momento a Iris y a Malak, pues en la vida cotidiana de Libia abundan no solo el carterismo y los delitos de poca monta, sino los secuestros.

Nos costó Dios y ayuda poder encontrar todo lo que necesitábamos para la pequeña, ya que donde había biberoneo no había leche y viceversa. Y no digamos ya para encontrar pañales. Fue una señora mayor la que nos dio unas gasas de esas antiguas, como las que se usaban en España hace muchas décadas para el pipí y la caca de los bebés con unos picos de plástico que las sujetaban.

Con todo, pudimos pasar el día sin que nadie nos pidiera documentación alguna, lo cual fue una proeza. La comida la hicimos en la casa de esa misma señora a la que he mencionado, de lo más hospitalaria, a pesar de su extrema pobreza.

Ni que decir tiene que le pagamos por su ayuda, por mucho que ella no estaba dispuesta a cogernos ni un solo dinar libio.

Por la tarde estuvimos por aquí y por allá, esperando a que pasaran las horas. No era un lugar en el que pudieras hacer turismo precisamente y mucho menos con la papeleta que traíamos entre manos. Si alguien nos hubiese descubierto, capaces serían de ejecutarnos ipso facto y para cuando el gobierno español viniera a enterarse de lo sucedido ya estaríamos criando malvas.

Por fin llegó la noche y pudimos conocer al tal Hassan, que también chapurreaba el inglés y a quien la necesidad hizo que no nos preguntara absolutamente nada.

ⁿ—Aquí tenéis los pasaportes. Se supone que vais a que la familia de Derna conozca a vuestra hija. Si la cosa se pone fea hay una familia allí que, efectivamente, haría las veces de la vuestra. Con todo y con eso, os aseguro que no estáis seguros, tened mucho cuidado con lo que hacéis y no olvidéis que hay ojos milicianos por todas partes— nos dijo Halim, dejándonos con él.

—Muchas gracias, nunca olvidaré lo que has hecho por nosotros—Le estreché la mano mientras Iris le agradeció con la mirada, con tal de no hacer ningún gesto que allí pudiera ser malinterpretado.

Comenzaba otra etapa de nuestra aventura, una etapa no exenta de un riesgo que nos ponía los pelos como escarpas a los dos.

;

;

s

,

-

—Muchas gracias, nunca olvidaré lo que has hecho por nosotros—Le estreché la mano mientras Iris le agradeció con la mirada, con tal de no hacer ningún gesto que allí pudiera ser malinterpretado.

Comenzaba otra etapa de nuestra aventura, una etapa no exenta de un riesgo que nos ponía los pelos como escarpas a los dos.

Capítulo 16



Con Hassan conduciendo y al menos con la mínima tranquilidad de que él conocía el terreno como nadie, me senté detrás con Iris, que llevaba a Malak consigo.

La noche había caído en una Libia en la que todo olía a desesperanza, pero que a mí me devolvió la esperanza, curiosamente. El miedo, sin embargo, debía estar presente en todo momento, pues el relajarnos podía llevarnos a perder la vida.

La bebé dormía plácidamente en los brazos de la mujer que acababa de salvarla de una muerte segura y yo, aparte de enamorado hasta la médula, me sentía increíblemente orgulloso de ella.

Por delante teníamos más de mil kilómetros de viaje que habríamos de hacer a lo largo de muchas horas, porque aquellas carreteras no es que fueran precisamente las de California.

—Cuéntame, ¿qué ha pasado con Irvin? —me preguntó cuando el coche echó a andar y comprobó que el sueño de la pequeña nos permitiría hablar.

Era un milagro que un ser humano sano pudiera nacer de otro enjaulado, como había estado su madre, pero nosotros nos ocuparíamos de honrar su memoria cumpliendo su último deseo; el de que su niña fuera libre.

—Pues que resulta que no era mi hijo. Lo descubrí por causalidad la mañana que te fuiste de Irlanda. Llegué al trabajo destrozado, me marché a casa antes de tiempo y, ¡tachán! Allí estaba ella con Harry, su jefe, ambos en total connivencia y comentando que el niño era suyo.

—Pero ¿y entonces? ¿Por qué te dijo que era tuyo?

—Porque después de que yo me fuera, ella se enteró de que estaba embarazada y creyó que el padre, que era él, se haría cargo.

—Y flipó con su actitud.

—Y tanto, así que se vio sin el uno y sin el otro, pero tampoco tuvo la cara de adjudicarme la paternidad en un

primer momento. O también puede que albergara esperanzas de que él cambiase de opinión, porque lo cierto es que a mí no me llamó hasta el momento del parto.

—Y vio la ocasión perfecta para quedarse contigo.

—Sí, según ella me quería mucho, debía ser como la trucha al trucho.

—Ay, Dios, qué lío. A esa mujer no le funciona bien el coco, con razón se le fue.

—Sí, y además también porque contaba con un buen plus de preocupación, porque por lo visto un sobrino de él había fallecido muy pequeñito y ella relacionó su patología con la de Irvin, al ser primos.

—Pero nada que ver, ¿no?

—Absolutamente nada que ver, por suerte, pero ella se estaba volviendo loca con esa posibilidad. Con razón no sabíamos lo que tenía y andaba con unos cambios de humor...

—Que me lo digan a mí, que tuve que tomar la determinación de irme porque no veía posibilidad de que estuvieras conmigo.

—¿Y no te podías haber ido de vacaciones a Cancún como todo el mundo? Todavía no me creo que estemos aquí, ¿con más miedo que siete viejas.

—Y todavía fiesta no ha empezado, puede haber fuegos artificiales, ¡boom! —Hizo Hassan el gesto de que nos podían bombardear, tirotear o lo que Dios buenamente quisiera.

—Cállate, hombre, no mientes la soga en casa del ahorcado—le dijo ella mientras él se reía.

Es lo que tiene vivir en esa tensión, que hay personas que incluso dejan de darle importancia, como aquel hombre curtido que era capaz de hablar de un tema tan sumamente delicado en clave de humor.

Un rato después de haber comenzado nuestro camino, Hassan frenó súbitamente y yo me temí lo peor, al tiempo que Malak comenzó a llorar, pues se había despertado.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté con la mayor preocupación.

—Tranquilo, son solo camellos, ¿ves?

Respiré hondo porque uno no está acostumbrado a tener que parar el coche porque a una manada de camellos les diera por salir de turismo nocturno.

—Lo veo, lo veo, qué susto.

—Tú no asustes tanto, milicianos no nos van a descubrir, somos familia, ¿no?

Le sonreí pensando en que sí, en que solo faltaba que mi árbol genealógico lo tuviera a él también en una de sus ramitas. Ni Iris era mi esposa ni la niña era nuestra ni Hassan nuestro cuñado. Si nos apresaban no diríamos una verdad ni por equivocación.

Seguimos camino un rato hasta que tuvimos que parar para prepararle un biberón a la pequeña, que piaba ya sin parar. Cuando ella hubo terminado y se quedó tranquila, los tres adultos compartimos la comida que llevábamos; tomate y dátiles en nuestro caso, mientras que nuestro taxista y guía, que ya se estaba convirtiendo en amigo, compartió un queso de cabra fabuloso.

—Lo hace un vecino, es el mejor del mundo—nos decía con su mellada sonrisa.

Por lo que nos dijo, Hassan no tenía más que cinco años más que yo, pero podía pasar por mi padre. Su rostro curtido reflejaba las muchas penurias que se vivían en un país en el que la guerra había devastado no solo ciudades y carreteras, sino también a sus habitantes.

—Sí que lo es, amigo—le comenté agradecido, pues si un rasgo sobresalía en él era la generosidad y la hospitalidad.

—Vamos a llegar bien, tú cuida de tus mujeres, yo tendré los ojos muy abiertos para dejar atrás a jodidas minas, no preocuparte por eso.

No es que pudiera dar clases de inglés, pero el tío se defendía. Es lo que tenía aquella gente que, además de todo, eran auténticos supervivientes.

—Yo confío en ti, Hassan—le dije poniéndole la mano en el hombro porque así era.

Por alguna extraña razón sabía que estábamos en buenas manos. La lealtad de quienes han vivido una guerra y han permanecido de pie para contarlos suele ser inquebrantable, y aquel hombre la llevaba en la cara.

Continuamos camino e Iris bostezaba sin parar.

—Tienes que dormir un poco, pequeña, tienes que hacerlo, te veo muy cansada.

—Es que anoche no dormí nada atendiendo a su madre, pobre. Yo sabía que no saldría adelante y quise cuidarla lo mejor que pude, no hay anestesia ni nada en este sitio, no lo estaba pasando especialmente bien.

—Eres muy buena, Iris, eres muy buena. Entre eso y que le prometiste poner a salvo a su hija, no te quepa ninguna duda de que se fue al menos tranquila.

—Se lo prometí y tenía que cumplirlo. Yo no puedo faltar a una promesa y lo sabes...

Y tanto que lo sabía, Iris era una mujer excepcional, una que se quedó charlando conmigo hasta que por fin la rindió el sueño. El cómo me sentía a raíz de lo de Irvin la preocupaba una barbaridad, algo de agradecer, como todo lo que salía de ella.

—Es que anoche no dormí nada atendiendo a su madre, pobre. Yo sabía que no saldría adelante y quise cuidarla lo mejor que pude, no hay anestesia ni nada en este sitio, no lo estaba pasando especialmente bien.

—Eres muy buena, Iris, eres muy buena. Entre eso y que le prometiste poner a salvo a su hija, no te quepa ninguna duda de que se fue al menos tranquila.

—Se lo prometí y tenía que cumplirlo. Yo no puedo faltar a una promesa y lo sabes...

Y tanto que lo sabía, Iris era una mujer excepcional, una que se quedó charlando conmigo hasta que por fin la rindió el sueño. El cómo me sentía a raíz de lo de Irvin la preocupaba una barbaridad, algo de agradecer, como todo lo que salía de ella.

Capítulo 17



Yo también debí cerrar los ojos, pero no tardé en abrirlos porque el coche se paró en seco. Y esa vez no fueron los camellos los que lo provocaron...

—¡Tranquilos, somos familia! —chilló Hassan en su idioma cuando los milicianos rodearon el coche, todos ellos fuertemente armados.

En ese momento no podía saber lo que les estaba diciendo, si bien él me lo contó más tarde.

—¿Dónde vais? ¿Quiénes sois?

—Vamos a Derna, a que la abuela conozca a su nieta. Es la hija de mi hermana y él es mi cuñado—Por supuesto que yo también iba ataviado como si fuera un lugareño más, si bien mis facciones podían mosquearlos.

Esa fue la razón de que apenas asomara el hocico por la ventanilla, aunque ellos metieron sus pestilentes cabezas y lo observaron todo. Suerte que era de noche.

—¿Por qué? —Miraron al biberón como no entendiendo que una mujer no alimentara de forma natural a su hija.

—Mi hermana estuvo muy enferma, no ha podido alimentar a la criatura, pero Alá ha querido que salga adelante, con ayuda, pero adelante.

—¡Qué vergüenza! —chilló uno de ellos mientras los otros se mofaron.

El no entender ni media palabra hizo que Iris se pusiera también muy nerviosa. Yo veía cómo su frente iba poco a poco perlándose de sudor, si bien hizo lo que nos habían aconsejado en el caso de que nos parasen; permanecer muda y en actitud sumisa.

Por dentro se la estarían llevando los demonios, que para eso ella era una heroína capaz de cruzarse un buen trecho de Libia para poner a salvo a un bebé al que previamente había salvado la vida. Y todo ello jugándose el pellejo, pero ante aquella gente era mejor no hacer ni el menor aspaviento y rezar para que nos dejaran marchar.

—¿Podemos seguir? Es que no nos queda demasiada gasolina, necesitamos llenar el depósito—argumentó él, a quien también notaba nervioso, pese a que se manejaba muy bien en tan complicadas circunstancias.

—Pero antes nos vas a dar la documentación. Tenemos que asegurarnos de que todo es como dices y que la moral impera en este coche—le pidieron.

Dios quisiera que todo lo encontraran en orden porque no quería ni imaginar lo que aquella gente nos haría si , encontraban algo que no fuera de su gusto. Incluso estando todo bien tampoco podíamos fiarnos.

En particular, a mí, tendrían que abatirme a tiros antes de consentir que a Iris o a Malak les ocurriera algo.

Cogieron la documentación y la bichearon de arriba abajo, incluso le dieron la vuelta, no sé si esperaban que la tinta se corriera o qué, parecían anormales haciendo esas tonterías.

—Puedes irte, pero antes tendrás que darnos el dinero que lleves, todos tendréis que dárnoslo.

Ya habíamos contado con que nos robaran a mano armada, ellos o posibles secuestradores o la madre que los parió a todos, que yo no veía la hora de que terminara aquella odisea. Por esa razón, llevábamos cierta cantidad de dinero en metálico que no tardamos en entregarles, para su absoluto regocijo.

—¡Ya os podéis ir! —chilló uno de ellos mientras le daba una patada al coche, al tiempo que otro escupía en el suelo, suerte que no lo hizo en el interior del vehículo.

Los tres nos echamos a reír de los nervios cuando por fin arrancamos.

—No he pasado más miedo en mi vida, estaba más tensa que el pellejo de un tambor—nos confesó Iris mientras se abrazaba a mí.

—Yo tampoco es que estuviera tocando palmas con las orejas, qué tensión...

—Pues han sido finos, yo conozco bien terreno y digo a vosotros que han sido finos.

—Me lo puedo imaginar, amigo, tienes mucho dominio de la situación.

—Qué remedio, muchos años de guerra, Hassan ha visto muchas cosas con sus ojos. Algunas no lo dejan dormir por las noches.

Miré el reloj. Todavía nos quedaba un buen puñado de horas para llegar, unas ocho. El calor comenzaba a dejarse caer conforme avanzaba la mañana. La tartana en la que íbamos no tenía aire acondicionado ni nada que se le pareciera, por lo que al cansancio hubimos de sumar una temperatura que tampoco ayudaba.

—La niña llora porque tiene calor, ¿verdad? —Iris la miraba con mucho amor.

—Es muy bonita, es una niña preciosa, acalorada pero preciosa.

—Es que su madre también lo era. Tenías que haberla visto, qué belleza.

—Supongo que así será, pero no podía ser más guapa que tú, imposible serlo.

—¿Cómo que imposible, loquillo?

—Porque tú eres la mujer más guapa del mundo, y la más buena. Y ahora también sé que la más valiente. Incluso demasiado valiente te diría, que no veas en la que estamos metidos.

—No exageres que no es para tanto.

—¿Esto no es un lío? Prefiero no enumerarte los peligros a los que estamos expuestos, amor. Ahora, que te digo una cosa, que a vosotras no os va a pasar nada malo, antes le muerdo en la yugular a uno.

—¡Aguanta el genio! Que yo no creo que ninguno de estos se tomara eso como un cariño de buenas noches y menudos son...

—Que no me toquen la moral con vosotras o verán también cómo nos las gastamos en Irlanda.

—Ya, amor, lo que pasa es que aquí hay otro nivel. Es todo una locura, una vida importa un pimiento y menos...

—Por eso tú no pintas nada aquí, tengo que sacarte de este país en cuanto la niña esté sana y salva.

—¡Alto ahí! Yo he llegado aquí por mi propio pie y yo decido cuándo me voy—me advirtió y estaba en todo su derecho a hacerlo porque a aquella jovencita le sobraba valentía.

Capítulo 18



A dos horas de nuestro destino, Derna, comenzamos a cantar victoria.

—Hay que tener mucho cuidado, hasta fin del viaje no se puede estar contentos—nos aseguró Hassan.

—Vamos a tener que parar a comer unos cuantos dátiles más con el queso ese tan bueno que nos llevas, porque no se puede ser tan pájaro de mal agüero, amigo—le dije, porque no quería pensar en que nos ocurriera nada malo.

—Hemos de parar por eso y porque la niña tiene que comer. La pobre es más buena que el pan, pero hay que hidratarla bastante, que el sol es de justicia y vamos a coger complejo de pizzas, este coche es un horno—observó Iris.

—Tenéis razón, hay que parar, pero día es más peligroso que noche. Vosotros tomáis la decisión, Hassan lo hace, pero el pellejo que jugamos es de todos.

—Exacto amigo, lo sabemos, pero una paradita más hay que hacer. Yo te prometo que será la última.

—A Hassan no importa número, solo quiero que sepas el peligro.

—Lo sé, lo sé, no te preocupes más de la cuenta, espero que no nos pase nada, toquemos madera.

Pude hacerlo porque en aquella vieja tartana había madera para parar el tren. Me recordó a esos coches antiguos que se ven en las pelis españolas de los años 70, el suelo tendríamos que besar cuando llegáramos.

Nos paramos en un lugar un tanto inhóspito, porque todavía con más razón al ser de día tratamos de evitar en todo lo posible cualquier aglomeración. El miedo lo llevábamos metido en los huesos, era una sensación extraña, si bien también se creó entre nosotros una increíble hermandad. Me refiero entre nosotros dos y Hassan, porque en lo último en lo que yo quería pensar era en hermanarme con Iris.

La pequeña permanecía especialmente quietecita en ese momento y me dio por hacerle una carantoña.

—Iris, toca a la niña—le dije mientras saboreaba un trozo de un queso que allí, en aquel lugar dejado de la mano de Dios, me supo como el mejor de los manjares.

—¿Qué le pasa? Está bien, ¿no?

—Yo diría que está un poco destemplada, pero supongo que será por el calor.

—Ahora hace calor, pero previsiones dicen que dentro de un rato, más calor. Lo vi ayer.

—Hassan, podría haber vivido sin ese dato—Le sonreí mientras Iris tocaba la frente de la pequeña.

—Tienes razón, mi amor, la niña está destemplada, no sé si por el calor o no, pero lo está, ¿cómo podemos saberlo?

—Me temo que tendremos que limitarnos a observarla, por las condiciones en las que ha nacido no tendría nada de extraño que viniera un poco pachucha.

—No me digas eso que me muero, ¿me has oído? Es que me muero.

—Cariño, tranquilízate, nadie está diciendo que le vaya a ocurrir nada—añadí porque vi el terror en sus ojos.

—Es que esta pequeñaja tiene que llegar sana y salva a su casa.

—Chicos, hablando de eso, Hassan dice que nos metamos en coche, peligro—nos advirtió.

Miramos y, efectivamente, venía un coche con un grupo de hombres que no eran los que ya nos habían saqueado la noche anterior, pues de hecho estos no eran milicianos.

Cuando llegaron hasta nosotros ya estábamos todos subidos al coche y Hassan con una sonrisa fingida, que parecía que le habían echado un bote de laca en la cara para conservarla.

—¿Dónde vais?

—A Derna, a casa de la abuela de esta niñita, la mujer no está bien de salud y queremos que conozca a su nieta antes de marcharse.

—¿Marcharse adónde? —le preguntaron.

—Marcharse de esta vida, ya me estáis entendiendo. Tenemos que arrancar ya, hace mucho calor para la niña.

—Para nosotros también lo hace y queremos beber, el único problema es que nos hemos quedado sin dinero—le contestaron y uno de ellos sacó un arma.

Asaltantes de caminos, eran una jodida versión moderna de asaltantes de caminos. Y nosotros unos gafados que íbamos a conocer a la *crème de la crème* de la zona.

—Lo malo es que tampoco nosotros llevamos más—le dijo entendiendo que le habíamos dado el efectivo a los de anoche.

—Yo llevo más dinero, Hassan, dáselo—le indiqué y él se volvió para cogerlo.

Los otros lo contaron y, en un primer momento, parecieron satisfechos con el botín, si bien, para nuestra desgracia, tenían más ganas de jarana que los de la noche anterior.

—Así que no tenáis dinero, ¿no? Vais a pagar por esto—nos dijo uno mientras sacaba un arma.

Sin tiempo que perder, Hassan pisó el acelerador a fondo y salimos de allí a la velocidad de las balas, y nunca mejor dicho.

—¡¡¡Corre, por favor!!! —le dije entendiendo que el coche de aquellos criminales era mucho mejor y no tardarían en darnos alcance.

—Yo corro, pero sus balas correrán también, Alá nos protegerá.

Yo miré al cielo y pensé que lo mismo podría ser nuestro Dios que su Alá que quien tuviera a bien ayudarnos, pero que alguien tendría que hacerlo porque una manita íbamos a necesitar.

Un primer tiro certeramente esquivado por Hassan rebotó muy cerca de la rueda posterior izquierda, mientras que un segundo dio en la puerta trasera de ese mismo lado.

El ruido del impacto alertó hasta a la pequeña, que se echó a llorar sin consuelo. Iris hacía todo lo posible por calmarla mientras el terror se reflejaba en su rostro.

—Amor, no nos va a pasar nada, ya lo verás.

—Esta vez no prometas, cariño, no está en tu mano. Si el destino está escrito, esperemos que no expire hoy

nuestra fecha de caducidad.

Debíamos esperar eso y que tampoco expirara la de nuestro piloto, Hassan, porque si le acertaban a él, estábamos listos.

—La cosa fea, muy fea, cogeros fuerte, voy a acelerar.

—¿Dónde vas, Fernando Alonso? —Todavía tenía ella ánimo para hacer una broma, era increíble mi chica.

—A desviar coche. Hassan va a hacer que lleguemos bien, ellos no.

Le pedí definitivamente a su Alá que ese hombre estuviera en su sano juicio porque esa cuestión, efectivamente, se acababa de convertir en de vida o muerte cuando aceleró.

Hassan comenzó a hacer “eses” mientras los otros trataban de seguirlo hasta que en un momento dado dio el acelerón final y se alejó lo suficiente de ellos como para que el estruendoso ¡¡¡booom!!!!....

—¿Bien vuestros oídos? —nos preguntó ladeando su cabeza como si nada hubiera pasado.

—Bien, bien—Iris tapaba los de la peque por precaución.

¹ Torcí el cuello, tanto que si me llegan a ver lo mismo me habrían propuesto para un exorcismo y lo único que divisé fue una columna llameante y pedazos de coche por todos los lados.

—Ahora ya no pueden seguir a nosotros.

Fueron las únicas palabras de un Hassan que hubo de tomar una fría decisión en un momento en el que nos acababa de librar de un capítulo con seguro trágico final. Impresionante lo cerca que ese hombre había estado de la muerte tantas veces como para que tomara así la de aquellos indeseables, provocada por él.

—Gracias, amigo, nos has salvado de una muerte segura.

—Os he dicho que os llevo a Derna y os llevo. Hassan sabe dónde hay minas y esos, por malos, ¡¡¡booom!!!

Nadie lo podría haber definido de un modo más sencillo, rápido y, a la vez, realista.

A partir de ese momento, Iris y yo fuimos más callados que en misa. Una cosa es la constancia del riesgo y otra verle la cara al peligro en sí mismo, y eso último fue lo que nos ocurrió.

—Ahí Derna—nos dijo finalmente cuando llegamos tras el episodio más intenso de nuestras vidas.

Yo sabía que Derna había sido objeto de varios de los bombardeos más sangrientos de la historia moderna, hasta el punto de que en 2018 se convirtió en el blanco de las tan temidas bombas de fósforo, absolutamente prohibidas por las leyes internacionales y que, sin embargo, se utilizaron por Jalifa Haftar para tratar de doblegar a las milicias rivales.

De todo ello, que yo había tomado buena nota mental, pude sacar otra nota, la que mis ojos me proporcionaron en vivo y en directo de una ciudad costera en la que apenas quedaba un monumento en pie.

—¿Dónde vamos? ¿Tú tienes dirección? —le preguntó a Iris.

—Sí, sí, yo la tengo. Mahsati vive aquí—Le enseñó una vieja servilleta en la que, a duras penas, Malak pudo apuntar la dirección de su madre antes de fallecer.

—Yo sé dónde es. Mahsati es nombre persa, muy bonito, tiene significado hermoso “dama de la luna”.

Entre tanta ruina y destrucción, después de haberle visto la cara a la muerte y exhausto tras una conducción en la que ya perdimos la cuenta de las horas, todavía le quedaban a aquel hombre ganas de sacar su vena más poética. Absolutamente loable, para quitarse el sombrero.

Tras atravesar el caótico centro, terminamos en una zona de casitas viejas a las afueras que también pudimos comprobar que habían sido pasto de las llamas y el saqueo. Afortunadamente no todas, pero sí muchas.

—Aquella es—nos indicó el hombre y yo crucé los dedos para que se tratase de una de las que estaban de pie.

Efectivamente, así fue. No todo nos iba a venir mal, por algún lugar teníamos que ver la luz.

Llegamos hasta la puerta, bajándonos Iris y yo del coche mientras Hassan permanecía todavía con el motor en marcha por si surgía algún nuevo contratiempo y teníamos que salir por patas, pero nadie nos abrió.

—Creo que habrá salido—me dijo Iris cogiéndole las manitas a la peque, cuya temperatura parecía haber subido.

—Tendremos que esperar un poco. Habrá ido a comprar o algo. Si esta señora no tiene coche, que será lo más posible, cualquier desplazamiento hasta aquí es una proeza, estamos en el quinto pino.

—Y en el sexto y en el séptimo, qué lugar tan inhóspito, si ni siquiera huele bien...

Cierto que había un tufo a poceta que echaba para atrás, como bien apuntaba Iris.

—Sí, no es un lugar de cuento, precisamente.

También miré con pena a la niña. Qué injusto nos resultaba que un ser humano tuviera que vivir algo así, que estuviera condenado de antemano a la miseria...

—Tendremos que preguntar a alguien. Hassan vamos a necesitarte, ¿puedes salir, por favor?

—Claro, Hassan sale y ayuda, pregunta a vecinos.

El hombre lo hizo y por su gesto comprobamos que las noticias que nos tenía no eran precisamente alentadoras.

—Han dicho a Hassan que Mahsati ha muerto, cayó en uno de los bombardeos.

Por lo visto, según nos relataron después con algo más de detalle, la mujer fue a casa de una vecina para no estar sola y la muerte las sorprendió allí a las dos. La casa de la otra ardió a consecuencia de los bombardeos mientras que la suya quedó de pie. Ironías del destino.

—No puede ser, ella también no—Lloró Iris amargamente.

—Cariño, tendremos que hacer algo, no la dejaremos abandonada, no te preocupes.

—Eso nunca, antes muerta que abandonarla.

—No podéis permitir que termine otra vez en centro de detención. Muchos, muchos niños vagan por las calles de Libia a diario y no les pasan cosas buenas. Además, en esos centros... No, la pequeña no.

—No le va a pasar nada de eso, Hassan, te lo prometo—le aseguré.

—Quizás pueda ir a un orfanato de la Media Luna Roja, allí tratan bien a niños, los alimentan y visten, pero no sé Papeleo es lo peor en Libia, muchos niños sufren porque papeleo es lento.

—No, Hassan ella no va a sufrir, tenemos que buscarle una solución digna.

—Debéis hacerlo. Es muy pequeña, niña os necesita. Malak vulnerable.

Y tanto que lo era, con esos ojitos preciosos con los que nos miraba y con esas ganas de abrirse al mundo que demostraba.

Nos necesitaba y nos tenía con ella, las dos cosas, porque todo menos abandonarla a su suerte. Esa idea ni se nos pasaba por la cabeza. Jamás lo haríamos...

Y tanto que lo era, con esos ojitos preciosos con los que nos miraba y con esas ganas de abrirse al mundo que demostraba.

Nos necesitaba y nos tenía con ella, las dos cosas, porque todo menos abandonarla a su suerte. Esa idea ni se nos pasaba por la cabeza. Jamás lo haríamos...

Capítulo 19



—Nos volvemos a Trípoli—le dijo con toda rotundidad Iris cuando nos subimos en el coche.

—¿Nos la llevamos a Trípoli? ¿Tú tienes una solución para niña?

—No la tengo, Hassan, pero te aseguro que la voy a encontrar así tenga que involucrar en esto al mismísimo Secretario General de las Naciones Unidas, ¿me has oído?

Lo oyó él, lo oí yo y no solo fue que lo oímos, sino que también lo creímos. Su convicción era tal que cuando hablaba sentaba cátedra.

El viaje de vuelta, afortunadamente, fue mejor que el de ida, ya que al menos no tuvimos paradas de esas en las que pensabas que la suerte estaba echada y que tu vida pendía de un hilo. Y eso que durante una serie de horas tuvimos que detenernos para que Hassan durmiera, porque era inviable que emprendiera el camino de vuelta sin pegar un ojo, pese a que él se ofreció a hacerlo.

También Iris durmió con la pequeña y yo velé el sueño de todos porque alguien debía permanecer con los ojos abiertos por si volvían a intentar atracarnos y se formaba la de San Quintín.

Cuando por fin llegamos a Trípoli, exhaustos, en la tarde del siguiente día, buscamos a Borja y le expusimos la situación.

—¿No se suponía que cuanto menos supiera yo mejor? —nos dijo negando con la cabeza cuando llegamos con la bebida.

—Pero eso era antes de que nos encontráramos con el pastel de que su abuela ha muerto y, además, creo que la niña viene con fiebre. Tócala tú—le comentó Iris.

Borja era pediatra y nadie mejor que él para ayudarnos también con la salud de la pequeña.

—Es cierto, esta niña tiene fiebre. La veré en el centro de salud en media hora, allí tengo más medios. Y por favor actuad con la máxima discreción posible porque aquí se nos va a caer el pelo a todos de un momento a otro...

Qué manía tenía la gente con eso de que se nos iba a caer el pelo, otro como Demetrio. Lo que nos faltaba era volver todos calvos también.

El rato lo pasamos dándole un biberón a la peque, que en esa ocasión le costó tomar. De hecho, dejó la mitad.

—No tiene ganas de comer, Ryan, esta niña se me está viniendo abajo.

—¿A ti? Eso tú no lo vas a consentir. Vamos, anda, no digas tonterías, que es seguro que no.

—Tú dirás lo que tú digas, pero sí, se está viniendo abajo, a ver lo que nos dice Borja.

Me contagié los nervios mientras iba y venía con la peque de un lado para otro. Y quedaba lo peor, recorrer la distancia hasta el centro de salud sin levantar mayores sospechas.

Por el camino nos cruzamos con más de un miliciano y no voy a negar que varios escalofríos recorrían mi cuerpo cuando eso ocurría. Iris era una mujer guapísima cuya figura llamaba una barbaridad la atención y yo temía que alguno de ellos pusiera sus asquerosos ojos en ella y se formara un rifirrafe de mucho cuidado.

Afortunadamente, llegamos sin novedad al centro de salud, donde la situación era más que lamentable, porque decenas de madres y padres esperaban allí pacientemente su turno, con un calor insufrible y con los llantos de muchos de esos pequeños de fondo.

—La niña tiene una infección probablemente causada por las pésimas condiciones higiénicas en las que nació— diagnóstico Borja.

—¿Y es grave? ¿Puede ocurrirle algo?

—A ver, Iris, es como todo. Si esto ocurre en España, yo te digo que curarla es coser y cantar. El problema es que estamos en Libia y aquí, dependiendo de dónde vaya a caer, tú sabes.

—No pienso dejarla en cualquier sitio. Tendrán que garantizarme que estará atendida o habrán de darme un tiro para que la suelte, Borja.

—No nos pongamos dramáticos, que así no vamos a ninguna parte. Moveré los hilos para que se la queden en un orfanato de la Media Luna Roja. No voy a decirte que aquello sea jauja, pero sí que se desviven por darles a los niños lo mejor dentro de sus posibilidades.

;

—Pero si saben que viene de...

—A ver, como tú comprenderás no puedo decirles que la has sacado de un centro de migrantes o aquí se va a liar la de Dios, mejor será contarles la milonga de que alguien nos la ha dejado para que la auxiliemos, punto.

Borja podía parecer un tipo duro, pero en realidad era otro trocito de pan, igual que Malak, que mientras él hablaba abrió sus ojitos como si pudiera entenderlo.

Un par de horas más tarde, ya con noche cerrada, llegamos al orfanato en cuestión, donde efectivamente, las condiciones de salubridad no tenían nada que ver, pero en el que también se nos cayó no ya el alma a los pies, sino lo siguiente.

—Va a ser la más chiquitita de toda esta panda de pillos—nos dijo la amable responsable.

—Solo tiene un par de días de vida y además viene con una infección, hemos traído sus antibióticos, aquí están.

Miré a Iris y era la tristeza andante. En el poco tiempo que pasó con la niña le había cogido un impresionante cariño y, el hecho de no poder entregársela a su abuela, le había afectado mucho.

—Nosotros se lo administraremos puntualmente, no te preocupes. Le has salvado la vida, no la mires así, siempre te estará agradecida.

—Eso será si vive para contarlo.

—Claro que sí, mujer, nosotros la sacaremos adelante.

—Y el día que tenga que irse de aquí, ¿ese día qué?

Se hizo el silencio entre todos nosotros...

—A ver, como tú comprenderás no puedo decirles que la has sacado de un centro de migrantes o aquí se va a liar la de Dios, mejor será contarles la milonga de que alguien nos la ha dejado para que la auxiliemos, punto.

Borja podía parecer un tipo duro, pero en realidad era otro trocito de pan, igual que Malak, que mientras él hablaba abrió sus ojitos como si pudiera entenderlo.

Un par de horas más tarde, ya con noche cerrada, llegamos al orfanato en cuestión, donde efectivamente, las condiciones de salubridad no tenían nada que ver, pero en el que también se nos cayó no ya el alma a los pies, sino lo siguiente.

—Va a ser la más chiquitita de toda esta panda de pillos—nos dijo la amable responsable.

—Solo tiene un par de días de vida y además viene con una infección, hemos traído sus antibióticos, aquí están.

Miré a Iris y era la tristeza andante. En el poco tiempo que pasó con la niña le había cogido un impresionante cariño y, el hecho de no poder entregársela a su abuela, le había afectado mucho.

—Nosotros se lo administraremos puntualmente, no te preocupes. Le has salvado la vida, no la mires así, siempre te estará agradecida.

—Eso será si vive para contarlo.

—Claro que sí, mujer, nosotros la sacaremos adelante.

—Y el día que tenga que irse de aquí, ¿ese día qué?

Se hizo el silencio entre todos nosotros...

Capítulo 20



—Hassan, consíguenos un sitio en el que pasar la noche—le pedí un rato después.

Iris no había podido, no había podido dejar allí a Malak en esas condiciones. Y yo tampoco.

—¿Qué pasa con la niña? ¿Sigue mala?

—Está en tratamiento, sí, quizás necesitemos quedarnos unos días en ese lugar, no sé decirte.

Tanto ella como yo sabíamos que lo que estábamos haciendo era totalmente ilegal, pero hablar de ilegalidades en aquel país era como un chiste.

Hassan no tardó en conseguirnos una casita que, pese a ser de lo más austera, tenía lo más básico. Estábamos muy cansados y la niña también. Los kilómetros que se había chupado justo después de nacer no eran moco de pavo, menos mal que estábamos ante una auténtica superviviente.

—Ve a darte una ducha, yo me quedo con ella, bonita.

—¿Sí? —Me miró con unos ojos tan amorosos que habría detenido el tiempo solo para quedarme viviendo en esa mirada.

—Claro, ¿tienes ropa para cambiarte?

—Sí, todavía me queda algo limpio del viaje, gracias.

Entró a ducharse y yo me quedé con la bebida en brazos, que dormía enroscando mi dedo corazón con una de sus manitas.

—Ay, Malak, Malak, qué vamos a hacer contigo...

Como para pasar mi duelo. Lo que a mí me recordaba aquella niña a Irvin era una barbaridad. La besé en la frente

y comprobé que seguía calentita, pero tuve la certeza de que nada le pasaría mientras nosotros estuviéramos con ella.

“Solo unos días, ¿vale?” me había dicho Iris cuando salimos del orfanato. Y a mí me dolió el corazón una vez más. Nuestra vida no paraba de girar; se arreglaba una cosa y se jodía otra.

El hecho de no haber vuelto donde sus compañeros, para quedarnos con ellos, obedecía a que lo que estábamos haciendo debía ser conocido por cuantas menos personas mejor. Pero hubo alguien que no tardó en saber dónde estábamos y tocó nuestra puerta.

—Hola, Ryan, esta debe ser Malak, ¿no? No me mires con esa cara, Borja me lo ha contado porque sabe que ante me dejó arrancar la piel a tiras que descubriros.

—Ella es Malak, sí. Iba a hacer una sopa, aunque son las tantísimas de la noche.

—Ya, yo he esperado a que no hubiera nadie por las calles para venir.

—Pero es también correr un tremendo riesgo, no debiste hacerlo.

—Ya, pero quería saber cómo estabais y si necesitabais algo.

En los momentos más complicados de la vida es cuando esta te sorprende, pues siempre hay personas capaces de jugarse el tipo por una buena causa.

—No, estamos bien, pero ahora vas a tener que quedarte con nosotros, no podemos permitir que te vayas. Eso o te acompañaré yo.

—Vale, me quedaré, pero solo hasta el alba, ¿vale? Así también podré ocuparme un poco de la niña mientras descansáis, debéis estar muertos de cansancio, hay cadáveres con mejor cara que tú.

En esas salió Iris, que venía con una toalla enrollada en el cuerpo y otra en la cabeza, para secarse el pelo.

—Leslie, petarda, ¿qué haces aquí?

—Pues nada, que salía de fiesta y he pensado, qué caray, me paso antes a invitar a mis amigos.

—Sí, fiesta loca, mientras no escuchemos tiros todo va bien. Oye te quedas con nosotros, ¿eh? Ni se te ocurra pensar que te vas a ir.

—Ya se lo estaba diciendo yo, amor.

Cenamos los tres mientras la pequeña dormía a nuestro lado. A falta de un cuco de bebé, la colocamos en uno de los grandes cojines del sofá, que a su vez pusimos en el suelo, a nuestro lado.

—Os la vais a quedar, ¿verdad? Os lo veo en las caras—nos lo preguntó sin anestesia viendo cómo la mirábamos.

—¿Cómo? —A Iris le salió la sopa hasta por la nariz, pues, aunque creo que a los dos se nos había pasado por la cabeza, no habíamos hablado ni media palabra al respecto.

s

Oficialmente, y a los ojos del otro, la íbamos a cuidar hasta que la fiebre le bajara, pero esa solo era la versión oficial.

—Sí, nos la vamos a quedar—le contesté con toda la soltura.

—¿Ryan? —Iris me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Dime si estás capacitada para entregarla. O, mejor dicho, dime si estás dispuesta a hacerlo, porque yo no.

Puede parecer que con ese gesto yo trataba de paliar con Malak la ausencia de Irvin, pero puedo prometer y prometo que no era así. No hubo un solo ápice de egoísmo en mis palabras y no era a mí a quien quise ayudar, sino a una pequeña inocente que nos necesitaba.

’ —Yo, lo cierto es que no...lo deseo tanto, tanto, deseo tanto quedármela...

—No os voy a decir que sea un proceso fácil, ¿vale? Entiendo algo de estos temas porque he estado en comités de esos para dar la idoneidad a padres respecto a adopciones internacionales y el caso que traéis entre manos es el más complicado que he visto.

—Las complicaciones me las bebo yo por las mañanas batidas con leche, bonita—le aseguró Iris.

—Vale, pues mañana me pondré en marcha para echaros un cable. Sé cómo mover hilos, pero pensad que aquí tendrá que intervenir la embajada y hasta el Papa de Roma, porque se va a liar parda.

—Tú mueve todo lo que puedas que nosotros estamos dispuestos a hacer lo que sea, como si nos tenemos que quedar a vivir aquí—le dije.

—Eso no es viable y no os lo aconsejo, Ryan. Piensa que ya que vas a tener una hija debes velar por darle el mejor de los futuros. Y te digo yo que eso en Libia no va a ser y mucho menos siendo mujer.

—Tiene razón Leslie, mi amor. Debemos hallar la forma de salir de aquí con Malak. Ya me estoy viendo con ella en España—añadió Iris.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y los míos no tardaron en seguir el mismo camino.

Un rato después nos acostamos, mientras Leslie se quedaba con el bebé en el salón.

—Al menos las primeras horas de la noche. Después ya, si me da mucha lata, os la llevo, que lo tengáis claro—
Rio.

—Eso no es viable y no os lo aconsejo, Ryan. Piensa que ya que vas a tener una hija debes velar por darle el mejor de los futuros. Y te digo yo que eso en Libia no va a ser y mucho menos siendo mujer.

—Tiene razón Leslie, mi amor. Debemos hallar la forma de salir de aquí con Malak. Ya me estoy viendo con ella en España—añadió Iris.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y los míos no tardaron en seguir el mismo camino.

Un rato después nos acostamos, mientras Leslie se quedaba con el bebé en el salón.

—Al menos las primeras horas de la noche. Después ya, si me da mucha lata, os la llevo, que lo tengáis claro—
Rio.

Capítulo 21



Tomé también una ducha antes de irme a la cama, por lo que salí con la toalla enrollada en mi cintura.

—¿Se puede saber qué miras en ese móvil, viciosilla? Estoy seguro de que puedo ofrecerte cosas mucho más jugosas.

—Estaba mirando fotos de monumentos vivientes y me has cortado el rollo—bromeó.

—¿Sí? Yo sí que puedo darte algo que cobra vida por momentos.

—Ya lo veo, ya...

Ambos temblábamos de ganas. El cansancio era mucho, pero las ganas de estar juntos, de volver a fundirnos el uno con el otro, todavía eran muchos mayores.

Comencé a besarla. Estaba en ropa interior, pero fue un visto y no visto, porque la aparté de inmediato con un ímpetu tal que se echó a reír.

—Es que tengo...

—Las mismas ganas que yo, puedo entenderlo.

Y sí que las tenía porque tiró de mi toalla y echó mano a mi pene, que vibraba. Antes de que me diese tiempo a reaccionar, en la cama como estábamos, se agachó y comenzó a lamerlo con cara de niña buena mientras sus ojos no se apartaban de los míos.

—Buah, es brutal, tendrás que estarte quietecita o me harás estallar antes de tiempo. Y ya hemos tenido suficiente fuegos artificiales.

—Y que lo digas—murmuró con la libido flotando por encima de ella.

La dejé hacer durante un par de minutos en los que experimenté el máximo de los placeres gracias a su húmeda lengua, que me recorrió de arriba abajo el pene haciéndome estremecer, mientras sus manos jugaban con mi escroto.

—Ahora me vas a dejar a mí, preciosa, que para algo estoy aprendiendo a conquistarte—murmuré.

—¿Aprendiendo a conquistarme? Pero sí a mí ya me tienes más que conquistada. No sé cómo lo hiciste, pero bier que te encargaste de ello.

Más me puso escuchar eso y, mientras amasaba sus senos, la puse de rodillas y entonces fui yo quien bajó a busca su sexo para saborearlo. Me puse boca arriba y dejando su trasero delante de mi cara, lamí cuidadosamente de adelante hacia atrás, provocándole unos insinuantes gemidos que me dispararon.

—Preciosa, sigue así...

—No imagino otra manera mejor de seguir...

Mientras seguía lamiéndola, busqué con mis dedos su clítoris, algo que no me resultó en absoluto difícil pues la excitación hizo que sobresaliera. Tan rosado y duro, tan provocador, lo toqué hasta hacerla estallar, hasta que comprendí que la lava que procedía del interior de su ardiente sexo era el producto de un orgasmo que ella quería chillar, pero que ahogaba en la almohada debido a que no estábamos solos.

Me habría gustado escuchar sus gritos, pero me conformé con el deleite que vi en su cara en un momento en el que me suplicó que entrara en ella.

Lo hice y ardimos juntos. Mi sexo en contacto con el suyo y un calor infinito que nos provocaba devorar al otro, como si con ello pudiéramos saciar la sed que tal calor nos hacía sentir.

Entré en ella con una embestida suave, pero profunda, llegando hasta el fondo, tocando cada uno de los rincones de un territorio ardiente que acogió a mi pene contrayéndose, provocándome así un placer inconmensurable.

Por unos segundos, me quedé quieto viendo cómo ella compartía el deleite provocado por aquella embestida, para a continuación entrar y salir de su sexo mientras la tomaba por la cintura y mis ojos le prometían que solo su cuerpo sería el destinatario de la furia sexual que se desataba en mí.

s

Jamás había sentido una furia similar, pues aquella no solo obedecía a lo mucho que Iris me ponía, sino a lo mucho que la quería y, también, a lo mucho que me había costado estar con ella.

Una vez la hube embestido a placer, coloqué sus dos piernas sobre mis hombros, haciendo que su trasero quedara

ligeramente en el aire y continué así, mientras con mis dedos volvía a ese lugar al que estaban destinados a hacerla una y otra vez; a su clítoris...

No sé cuántas veces le pasó, solo recuerdo que muchas y en muy poco tiempo. En cada uno de sus orgasmos, fue ella quien se elevó, pero yo quien rocé el cielo.

¡Caímos exhaustos en torno a una hora después y no por falta de ganas de continuar, sino porque nuestros cuerpos ya necesitaban cargar pilas.

¡No obstante, ella se negaba a salir de mi interior, pese a que ya me había ocurrido, y yo la tenía en ese instante sobre mí, tumbada en ese torso que tanto le gustaba.

El contacto de sus pezones con los míos, la tranquilidad de un momento en el que el silencio reinaba y solo hablaba el amor, la seguridad de que por fin estaríamos juntos...

Todos los astros se aliaron en una noche en la que sí pudimos dormir. No era cierto que Leslie nos traería a la pequeña, porque el alba nos sorprendió todavía a la una encima del otro, mientras ellas dos seguían durmiendo en el salón.

—No se ha despertado en toda la noche, pero cuando lo ha hecho, madre mía, qué genio...—le escuchamos decir cuando la peque comenzó a llorar.

—Ahora mismo voy—murmuró Iris.

—Tranquila que voy yo. Y, por cierto, esta tiene el genio de su madre—Le guiñé el ojo y vi esa mirada de ilusión por la que yo haría lo posible y lo imposible.

No lo tendríamos fácil, pero sí estaríamos acompañados en nuestra lucha. Leslie se había encariñado con Iris y, por extensión, también lo estaba haciendo con Malak.

Y yo... yo adoraba a la mayor e igualmente ya a la pequeñaja.

ligeramente en el aire y continué así, mientras con mis dedos volvía a ese lugar al que estaban destinados a hacerlo una y otra vez; a su clítoris...

No sé cuántas veces le pasó, solo recuerdo que muchas y en muy poco tiempo. En cada uno de sus orgasmos, fue ella quien se elevó, pero yo quien rocé el cielo.

Caímos exhaustos en torno a una hora después y no por falta de ganas de continuar, sino porque nuestros cuerpos ya necesitaban cargar pilas.

No obstante, ella se negaba a salir de mi interior, pese a que ya me había ocurrido, y yo la tenía en ese instante sobre mí, tumbada en ese torso que tanto le gustaba.

El contacto de sus pezones con los míos, la tranquilidad de un momento en el que el silencio reinaba y solo hablaba el amor, la seguridad de que por fin estaríamos juntos...

Todos los astros se aliaron en una noche en la que sí pudimos dormir. No era cierto que Leslie nos traería a la pequeña, porque el alba nos sorprendió todavía a la una encima del otro, mientras ellas dos seguían durmiendo en el salón.

—No se ha despertado en toda la noche, pero cuando lo ha hecho, madre mía, qué genio...—le escuchamos decir cuando la peque comenzó a llorar.

—Ahora mismo voy—murmuró Iris.

—Tranquila que voy yo. Y, por cierto, esta tiene el genio de su madre—Le guiñé el ojo y vi esa mirada de ilusión por la que yo haría lo posible y lo imposible.

No lo tendríamos fácil, pero sí estaríamos acompañados en nuestra lucha. Leslie se había encariñado con Iris y, por extensión, también lo estaba haciendo con Malak.

Y yo... yo adoraba a la mayor e igualmente ya a la pequeñaja.

Capítulo 22



Permaneceríamos en la casa hasta el momento en el que pudiéramos ir a pedir ayuda a la embajada.

La idea era que Leslie tirara de contactos para lograr que ya supieran de nuestro caso cuando llegáramos. Pese a que no era española, se movía como pez en el agua con los funcionarios y teníamos claro que lo que no lograra ella no lo lograría nadie.

—Os atenderán mañana, me han dicho que os atenderán mañana—Se llegó a media mañana a decirnos.

Por suerte la embajada se encontraba en el mismo Trípoli, por lo que no tendríamos que salir nuevamente a carretera con el consiguiente riesgo que ello llevaba aparejado.

Trípoli, eso sí, era una gran ciudad y muy poblada, por lo que habríamos de recorrer un buen trecho, pero lo haríamos a la luz del día e intentando pasar lo más desapercibidos posible.

—¿Qué os hace falta que os traiga, familia? Hassan buen recadero—nos dijo cuando apareció por allí más tarde.

En él habíamos encontrado a un amigo.

—Algo para comer, estamos hambrientos, lo que sea.

—Si vosotros tener dinero, Hassan os puede conseguir mucha comida.

—Mucha tampoco, por favor. Estoy deseando que nos podamos marchar de aquí, espero que mañana nos den buenas noticias.

—No creas, amor, las cosas de palacio van despacio, es probable que tengamos que pasar una buena temporada en Libia hasta que nos den oficialmente a la niña—me advirtió Iris.

—Tu mujer tiene razón, no fácil.

Siempre fui un poco impaciente, pero es que aquella situación me sacaba de quicio. Pensar que en cualquier momento las cosas volvieran a torcerse es que me aterraba.

—Prometo tener paciencia, chicos, ¿puedes conseguirme algo de chocolate? —le pregunté.

—Chocolate de fumar, claro, ningún problema. Con dinero, Hassan puede conseguir cualquier cosa.

—No, por favor, no me refería a eso, chocolate de comer, a poder ser con leche.

—Eres muy raro, ¿prefieres ese chocolate? Ryan muy raro—Negó con la cabeza.

Lo que yo quería era chocolate para mi chica, que sabía que le gustaba y que lo mismo estaba baja de azúcar con tantísimo sobresalto.

Efectivamente, un rato después Hassan llegó con todo lo que le pedí, incluido el chocolate.

—No sé cómo podré pagarte por todo lo que estás haciendo por nosotros, amigo—le dije abrazándolo.

—Hassan no hace nada, somos amigos.

—Sí, sí que lo somos. Y de esos para toda la vida, porque esto bien lo vale—le confesó Iris mientras cogía una onza de chocolate y nos ofrecía otra a nosotros.

Nos volvimos a quedar solos y la abracé.

—¿Estás así de contenta por el chocolate? Porque si es así, te haré llegar una caja de bombones cada día de tu vida.

—Si lo haces, terminarás cebándome como a una foca y yo con el pico de glucemia por las nubes. Estoy así de contenta también porque la niña hoy está mejor.

—Ya escuchaste a Borja y le estamos suministrando el antibiótico religiosamente, es normal que mejore.

¹—Parece que las cosas por fin comienzan a salirnos bien, pero te prometo que me da hasta miedo decirlo.

—Pues no digas nada y límitate a disfrutarlas. Mañana será un gran día, el día del comienzo. Vamos a ser padres, mi amor.

—No, ya somos padres. Desde que hemos decidido que nos la quedamos, somos padres.

—Tienes toda la razón, ¿te imaginas lo que dirá tu madre cuando lo sepa?

—Se va a volver loca, lo mismo que la tuya, con el palo que se llevó con lo de Irvin.

Lo dijo un poco sin pensar y, a continuación, se quedó callada.

—No has dicho nada malo. Y tranquila, que lo voy llevando.

—Lo último que quiero es hacerte daño, pero pienso que la niña será buena también para eso.

—En cualquier caso, lo que vamos a hacer lo hacemos por ella y no por mí, ¿estamos los dos totalmente de acuerdo en eso? Porque para mí es importante aclararlo.

—Lo estamos, lo estamos...

A partir de ese momento conjeturamos sobre la reacción de nuestras madres y sobre la mucha ilusión que les haría. De momento, no les diríamos nada, incluso era muy posible que no lo hiciéramos hasta darles directamente la sorpresa, llevándoles a aquella princesa libia a sus propias casas.

—Y hablando de eso. Hay otra cosa importante, ¿dónde querrás que vivamos?

—Creo que lo más lógico es hacerlo en Irlanda, en Cork, porque tú tienes allí tu puesto de trabajo y yo, hoy por hoy, no tengo.

—¿Sí? Me hace ilusión que nos quedemos a vivir allí, no voy a negártelo. Y podrías trabajar en mi hospital, es casi seguro. Pero solo si tú estás de acuerdo.

—Si no lo estuviera no lo habría dicho, amor. Vamos a tener que confiar el uno en el otro. Cero recelos de ningún tipo, ¿te parece? —Extendió la mano en señal de trato y yo tiré de ella hacia mí y me la comí a besos.

Sus palabras me llegaron al corazón, ya que fueron muchas las veces que ella receló de mi actitud y, dados mis antecedentes, era totalmente normal.

Todo eso quedó en el pasado, pues lo único que yo deseaba era crear con ella y con Malak una bonita familia. que en el futuro pudiera ser ampliada, sabiendo como sabía lo mucho que le gustaban los niños a Iris.

Las horas de aquel día las tengo todas, una a una, guardadas en esa caja de la memoria en la que metemos los momentos importantes de nuestra vida.

De lo que nos dijeran al día siguiente dependían muchas cosas, demasiadas...

Yo quería ser optimista y pensar en positivo, pero por delante tenía a una burocracia que no sabía si se pondría de nuestro lado o enfrente de nosotros.

Lo mejor, que la niña ya apenas tenía fiebre y comenzó a comer, algo que nos quitó preocupaciones de encima.

Al irnos a dormir, Iris y yo nos amamos de nuevo. No solo era un gusto, era una necesidad en un lugar del mundo donde los valores, en muchas ocasiones, estaban trastocados.

Las horas de aquel día las tengo todas, una a una, guardadas en esa caja de la memoria en la que metemos los momentos importantes de nuestra vida.

De lo que nos dijeran al día siguiente dependían muchas cosas, demasiadas...

Yo quería ser optimista y pensar en positivo, pero por delante tenía a una burocracia que no sabía si se pondría de nuestro lado o enfrente de nosotros.

Lo mejor, que la niña ya apenas tenía fiebre y comenzó a comer, algo que nos quitó preocupaciones de encima.

Al irnos a dormir, Iris y yo nos amamos de nuevo. No solo era un gusto, era una necesidad en un lugar del mundo donde los valores, en muchas ocasiones, estaban trastocados.

Capítulo 23



—Mira qué conjuntito más mono le ha traído Hassan a Malak, amor—me dijo ella al ir a vestirla.

—Estará preciosa, igual que tú. Y, por cierto, tienes que decirme cuánto de ilusionada estás antes de que salgamos.

—No sé, no sé, a ver... Tendría que echar cuentas, ¿veinte sobre diez?

—Me parece aceptable, ¿has desayunado?

—¿Desayunar? Cielos, se me ha olvidado...

—Y luego el despistado soy yo—me quejé.

—Ains, que me lo ha preparado él y yo ni cuenta me he dado. Más desagradecida...—bromeó porque estaba de muy buen humor.

Terminaba de hacerlo cuando llegó Leslie, también hecha un manojo de nervios.

—Aquí tenéis los datos de la persona que os atenderá. Está al tanto de todo. Por favor, id directos a la embajada y no paréis en ningún momento ni por ningún motivo. Si os llegan a detener por la calle con la niña es posible que las cosas se pongan muy feas.

—Bueno, al menos nadie nos está buscando, ¿no? Eso es importante.

—No lo des por hecho, siento ser portadora de malas noticias.

—¿Perdona? ¿Qué dices, Leslie?

—¿Recuerdas al guardia ese que no te quitaba ojo en el centro de migrantes, Iris?

—Sí, el que me daba tanto yuyu, ese que estuvo también al loro durante el parto de Malak.

—El mismo, ese que parece que se ha tomado un tarro de claras de huevo en mal estado.

—Ok, ¿y qué pasa con ese tío?

—Pues que ha dado la voz de alarma al percatarse, después de todo el lío del tiroteo y tal, de que tú no has vuelto por allí y de que no hay recién nacido que valga.

—Qué hijo de mala madre, no tendrá otra cosa en la que pensar.

—Sí, por fastidiar que no quede. Esa gente tiene un orgullo infinito y de pensar que una mujer se la haya dado cor queso no veas lo que les entra.

—Ya, ya lo supongo. Pues ese va a tragar quina porque es lo que hay. No tiene ni idea de con quién ha ido a topar

—Doy fe de ello—le dije tratando de quitarle algo de hierro a un asunto que cada vez se complicaba más.

—No quiero meteros miedo con esto, solo que extreméis las precauciones, ¿vale?

—Eso puedes jurarlo, pero el miedo lo van a sentir ellos como intenten quitarme a la niña, eso te lo garantizo.

—¿Y si tratamos de ir en coche? Quizás Hassan podría llevarnos y fuera mejor—propuse.

—No os lo aconsejo, la ciudad está muy revuelta y están parando a muchos.

—¿Por lo de la niña? —le preguntó Iris de lo más extrañada.

—No, mujer, por lo de la niña no, porque está revuelta. Ya sabes, aquí las cosas van de mal en peor.

—No imaginas lo que te agradecemos toda la información, Leslie, no sé qué haríamos sin ti—Le dio un beso a su amiga.

—Nada, mujer, a mandar. Yo os lo he contado en cuanto me he enterado, que fue hace un rato.

Ella se fue y nos quedamos solos. Barajó la posibilidad de acompañarnos, pero llegamos a la conclusión de que los tres daríamos más el cante, de manera que Iris y yo rezamos cada uno lo que supo y nos dirigimos a la embajada.

—¿Crees que nos van a entender? Somos sus padres, ya nos sentimos sus padres—me decía ella por la calle, mirándola embobada.

—Lo sé, amor y supongo que sí nos van a entender. Otra cosa es la forma en la que puedan ayudarnos, ya hemos hablado de que quizás sea un proceso lento.

—¿Sabes lo que le entrará a mi madre por el cuerpo cuando la vea? A ella le encanta tejer, le hará unos jerséis tan monos a juego con sus patucos...

—Seguro que sí amor, por cierto, que creo que le caí bien.

1

Traté de sacarle conversación durante el trayecto para que tuviera la mente un poco más distraída.

—¿Sí? Eso no me lo has contado con mucho detalle, truhan.

—Pues ya ves, aparecí por allí que parecía que venía del “Pressing Catch”, de darme hostias a tutiplén, pero no.

—Mira que dejarte atropellar por una moto, y si te hubiera pasado algo, ¿qué?

—Pues ni te habrías enterado, que para eso ya no querías nada conmigo.

—No seas bobo, qué pena más grande. Solo de pensarlo se me encoge el corazón.

—Mira, no una moto, tenía que ser un tanque y no habría impedido que te encontrara, pequeña.

—Eso me lo has demostrado, no te dolieron prendas en llegar hasta aquí, a menudo sitio.

—Ya te digo, siempre me dijiste que, llegado el caso, tenías determinadas ideas en la mente, pero nunca supe cuáles.

—Ya ves, es que si te las hubiera dicho habrías puesto el grito en el cielo, como mi madre, de manera que mejor no decirte nada.

—Ya, ya, la pobre que no daba contigo. Y yo que me planto allí y le digo que me vengo a buscarte, no sé cómo no me hizo traerla en la maleta.

—Porque no cabría, que si no... buena es.

Mientras hablábamos yo miraba hacia todos los lados.

—Sigue hablando y no mires a tu derecha, milicianos—le advertí.

—Pues eso que te decía, que su abuela estará loca de contenta cuando vea a esta chiquitina—me lo dijo con un tremendo nudo en la garganta.

—Ya, ya lo supongo. Tranquila, que han pasado.

—¿Nos han mirado?

—No, no creas, tenían los ojos puestos en aquella chica y eso nos ha venido bien—le señalé a una que esperaba apostada en una antigua parada de autobús, ahora derruida.

—Es una pena ver cómo está todo, con las ganas que tengo yo de que Malak conozca Irlanda y también mi Oviedo. Quiero llevarla al Campo de San Francisco y echarle allí una foto con la estatua de Mafalda, las dos sentaditas juntas...

—Todavía le falta para poder sentarse, pero será una foto de lo más simpática.

Nos quedaban unos 500 metros por recorrer para llegar a la embajada y mis nervios crecían por momentos.

—¿Estas bien, amor? —le pregunté, porque ahí sí que llevábamos como un minuto callados y la noté muy pálida.

—Nerviosa, estoy poniéndome muy nerviosa.

—Estamos a pocas calles, sigue contándome, ¿qué le parecerá a tu madre que nos llevemos a la niña a Irlanda? Y que yo me lleve a su otra niña, que eres tú.

—Le dará penilla, pero mi madre es muy buena y nada metomentodo. Mi padre sí era de meterse más en las cosas en el sentido de que cualquiera me tosía, pero ella es muy pacífica y si yo estoy bien, todo le parecerá bien.

—Mejor así, bonita, porque no quiero que nadie sufra en esta historia, ¿vale?

—Vale, tú déjalo de mi cuenta, que ya no estamos para sufrimientos, bastante hemos pasado.

Casi podía ver la embajada, todavía hoy no entiendo de dónde salieron, solo que nos vimos rodeados por un

numeroso grupo de ellos y por sus armas, por sus amenazantes armas.

—La niña, dadnos a la niña y todo bien—nos dijo el único que hablaba algo de inglés.

—Yo a ti te conozco—se dirigió a él—. Es quien decía Leslie, Ryan, es él.

—Iris, guarda silencio, por favor. La situación es muy delicada.

—No me vais a quitar a la niña, ¿os estáis enterando? No me la vais a quitar—les informó a todos con ojos desencajados.

—Iris, tranquila, que aquí las cosas no funcionan así, ¿vale? Vamos a tratar de mantener la calma.

—Poca paciencia, yo poca paciencia. Hablarán las armas—soltó por su boca el orangután aquel, que debía estar como loco por hacer sonar la suya.

—Pues que hablen, pero a mi niña no os la lleváis. Por encima de mi cadáver.

Varias personas, que en principio se habían agolpado alrededor de nosotros, corrieron despavoridas al intuir la inminencia de un baño de sangre.

—La niña, ¡la niña ya! —chilló el tío.

—Podemos hablarlo, quizás podamos llegar a un acuerdo. Tengo dinero y puedo pedir más, ¿te parece? Saqué del bolsillo un fajo que llevaba por lo que pudiera pasar.

—¿Soborno? —Se echó a reír y, por un momento, por un solo momento, creí que estaba contento y hasta que yo había conseguido mi objetivo.

—Llámalo como quieras, pero puedo pagarte.

;

—Trae—dijo metiéndose el fajo de billetes en el bolsillo.

Por la cara que puso y el tono en el que le habló, uno de sus compañeros debió recriminarle algo, porque comenzaron a discutir. Probablemente, el que se lo hubiera guardado en su bolsillo no fue de su gusto.

Por mi parte, pensé que lo mejor que podía pasar era que discutieran entre ellos y que nos dejaran en paz, pero no fue el caso.

—¡La niña, ya! —le chilló y entendí que esta vez nos habían atracado, pero no por ello nos saldríamos con la nuestra.

—Jamás, no te la voy a dar nunca, ¿me oyes? Nunca.

Sin más, el tío cogió su arma y apuntó a Iris, quien la llevaba en brazos.

—Dásela, tienes que entregársela o te va a matar, mi amor. Entiende que haremos todo lo posible por recuperarla, te lo prometo. En la embajada nos van a ayudar.

—¡¡Nunca, no la voy a soltar!!

Iris se cegó y, cuando una persona se ciega, es imposible que vea por los ojos de otra.

Encañonada, uno de aquellos malnacidos logró arrancarle al bebé de los brazos, pero, al mismo tiempo, el que la tenía en el punto de mira apretó el gatillo...

Un charco de sangre, solo vi un enorme charco de sangre en el suelo que todavía hoy me hace estremecer. Y un fortísimo dolor en el vientre, un dolor que me quemaba y que me hacía retorcerme de dolor, si bien ni eso podía, porque mis movimientos estaban más que limitados.

—Mi amor, mi amor, ¿qué te han hecho? Y la niña, se llevan a la niña...

El corazón de Iris se partió en dos en un momento en el que veía ante sus propios ojos cómo perdía a la que ya consideraba su hija y al hombre que amaba.

No lo dudé en ningún momento, ¿cómo iba a dudarlo? Fui yo mismo quien me interpuse entre la bala y ella.

Y lo haría mil y una veces más, todas las que fuera necesario...

Mi amor por ella valía más que mi vida.

—¡La niña, ya! —le chilló y entendí que esta vez nos habían atracado, pero no por ello nos saldríamos con la nuestra.

—Jamás, no te la voy a dar nunca, ¿me oyes? Nunca.

Sin más, el tío cogió su arma y apuntó a Iris, quien la llevaba en brazos.

—Dásela, tienes que entregársela o te va a matar, mi amor. Entiende que haremos todo lo posible por recuperarla, te lo prometo. En la embajada nos van a ayudar.

—¡¡Nunca, no la voy a soltar!!

Iris se cegó y, cuando una persona se ciega, es imposible que vea por los ojos de otra.

Encañonada, uno de aquellos malnacidos logró arrancarle al bebé de los brazos, pero, al mismo tiempo, el que la tenía en el punto de mira apretó el gatillo...

Un charco de sangre, solo vi un enorme charco de sangre en el suelo que todavía hoy me hace estremecer. Y un fortísimo dolor en el vientre, un dolor que me quemaba y que me hacía retorcerme de dolor, si bien ni eso podía, porque mis movimientos estaban más que limitados.

—Mi amor, mi amor, ¿qué te han hecho? Y la niña, se llevan a la niña...

El corazón de Iris se partió en dos en un momento en el que veía ante sus propios ojos cómo perdía a la que ya consideraba su hija y al hombre que amaba.

No lo dudé en ningún momento, ¿cómo iba a dudarlo? Fui yo mismo quien me interpuse entre la bala y ella.

Y lo haría mil y una veces más, todas las que fuera necesario...

Mi amor por ella valía más que mi vida.

Epílogo



2 años después...

—Malak, quieta, mi amor, bájate de los zapatos de mami, que me los vas a destrozar.

—Yo no sé cuál de las dos es más trasto, hija de mi vida, pero me las comería de sendos bocados.

—Pues cométe las, mamá, que hoy me tienen en un sinvivir...

Solo le faltaba ponerse los zapatos, solo eso a la novia más bonita del mundo, a esa con la que me casaba en una preciosa primavera en la que Irlanda nos hacía el mejor de sus regalos; el verdor.

Conseguí salvarme, ya lo estáis leyendo, y eso que en principio los médicos no las tenían todas consigo. Yo tampoco, hoy puedo decir que vi de cerca la cara a la muerte. Y eso que antes creí haberla vislumbrado en esa Libia de la que nos trajimos lo mejor y lo peor, pero no, fue en ese momento final en el que nos presentaron.

Lo peor fue lo que allí dejamos, la otra cara del mundo, esa que nos cambió el chip para siempre y que nos hizo valorar lo que teníamos, como un obsequio del destino que debíamos agradecer de por vida.

Lo mejor fue que, finalmente, pudimos recuperar a Malak. Tal y como estaréis pensando, no fue un juego de niños, por mucho que ella sí fuera una cría.

Primero hube de recuperarme en manos de los compañeros de Iris, que me salvaron la vida. Me ofrecieron repatriarme a España, pero no acepté porque desde Libia podíamos hacer más presión con el tema de la niña.

El nuestro fue un caso que salió en todos los medios de comunicación y en el que terminó por participar la diplomacia de varios países, hasta que conseguimos que nos fuera devuelta.

Nunca olvidaré la sonrisa que nos dedicó aquel día, un par de meses después, cuando Iris la acunó y es que debió reconocer el latido del corazón que la acompañó en sus primeros días de vida.

No hay mal que por bien no venga y el hecho de que me descerrajaran un buen tiro fue de ayuda, ya que los medios de comunicación se hicieron eco de la barbarie y, en cierto modo, aquellos desgraciados se vieron en la tesitura de tener que ceder en su postura.

Todavía no habíamos llegado a España con Malak cuando nos llevamos la mayor de las sorpresas, pues nos enteramos de que Iris estaba embarazada. Eso sí que fue un sobresalto en un momento en el que no sabíamos ni dónde acudir, pero el más bonito de los sobresaltos, que terminó por llamarse Claudia.

A consecuencia de todo aquello, teníamos dos preciosas niñas que se llevaban menos de un año. Y no contentos con eso, pocos días antes de la boda, acabábamos de enterarnos de que Iris estaba de nuevo en estado.

—Si no es un chico me planto, ¿eh? Que con tres vamos que chutamos—me dijo ella entre risas cuando me lo confesó.

También nos cogió de sorpresa, aunque seguramente algo habríamos hecho para encargarlo, porque Iris y yo estábamos enganchadísimos el uno al otro, por lo que posibilidades había. Y tanto que las había...

Después de un azaroso momento en el que pasamos por todas las etapas, con un embarazo ficticio por parte de Iris y un hijo que sentí mío, pero que no lo fue, la vida nos había recompensado con un par de niñas preciosas, a las que adorábamos. Y con otra criatura que venía en camino, algo que nos ilusionaba una barbaridad.

En el jardín de aquel impresionante hotel entre montañas en el que nos alojamos juntos con todos nuestros invitados desde un par de días antes, esperé a Iris nervioso con la música del arpa de fondo.

Avanzó hacia mí con un maravilloso vestido, cuyo escote en palabra de honor realzaba su espléndida figura. Drapeado, con un broche en la cintura, y sexy hasta decir basta, con abertura lateral que dejaba al aire parte de una de sus interminables piernas, pensé que era el más afortunado de los mortales cuando la vi llegar hacia mí con ese movimiento tan suyo de pelo, pues llevaba su brillante melena suelta.

Risueña, me mostró que había un guiño en su atuendo a mi amada Irlanda, por la que ya también suspiraba ella. El guiño en cuestión, de lo más bonito y elegante, no fue otro que unos preciosos zapatos de altísimo tacón en verde.

Tampoco faltaron las gaitas acompañando al arpa y en ese momento comenzó a sonar una melodía ancestral que hacía mis delicias y las suyas, la cual solíamos ponerles a nuestras fierecillas para que se durmieran por la noche.

Miré a mi alrededor y concluí que, por fin, ahora sí, tenía todo lo que deseaba en la vida. La sonrisa de mi madre, que seguía acompañada por Frank, así me lo dijo. Ella tenía en brazos a Malak, mientras que Margarita, la madre de Iris, sostenía a Claudia.

Ambas estaban locas con sus nietas y mi madre por fin pudo quitarse también la espina que el hecho de que Irvin no fuera su nieto le clavó en el corazón.

Haciendo un inciso, diré que por conocidos comunes supe que Irvin siguió creciendo feliz y también sano, con algún arrechucho puntual, pero haciendo su vida de niño totalmente normal. Harry pareció tomarse al pie de la letra lo que le advertí y comenzó a actuar como padre, algo que me alegró.

Siguiendo con lo de mi madre, la mujer ya contaba con cuatro nietos más el que venía en camino y es que mi hermano Connor y su chica también se emocionaron y se pusieron a ello, trayendo al mundo un par de gemelos varones de lo más monos y guerrilleros.

No faltó nadie en un día en el que también estuvieron mi padre con María, así como Pelayo, además de otros familiares tanto por mi parte como por la de Iris.

En el capítulo de los amigos, también tuvimos la suerte de que nadie nos faltara, quedando el ramo de novia en manos de Susan, la novia de Ronan.

s Iris y ella hicieron muy buenas migas, de modo que para mi mujer fue una alegría, aunque por otra parte tampoco es que fuera fruto de la casualidad, pues Susan nos había advertido de antemano que haría malabares para cogerlo. De hecho, dio tal salto para lograr su propósito que quedó como una de las grandes anécdotas de la boda.

Deidre, Alda y Cassandra tampoco se perdieron el gran día y es que yo no se lo hubiera perdonado de ser así. Esta última acudió con un look rockero y, con su particular guasa, me dijo en el oído algo a lo que yo asentí.

—Ahora sí, ahora sí que estás enamorado, chaval...

a

También nos acompañaron otros dos personajes, un par de pesos pesados a la hora de que consiguiéramos que nos dieran a Malak, y que no fueron otros que Leslie y Borja, a los que hicimos padrinos de la niña porque nos pareció que era lo menos.

l

—Deja ya a esas dos pequeñas acaparapadres y vente conmigo, que va a dar comienzo al baile—Me cogió Iris por la cintura mientras subíamos al escenario.

—Ay, Dios, pero si no he visto entrar al Dj, va a ser que igual hay un problema...

—¿Qué dices? No es posible, no puede salirnos mal algo tan importante, nos lo hemos currado tela.

—Pues igual vas a tener que conformarte con una sustitución de última hora, amor. Mira hacia arriba...

—¡Dante! ¡Es Dante! ¡Yo te como esa cara, irlandés!

Y yo me comía la suya. Ese cantante al que ella seguía por cielo y tierra le dio la mano para que subiera al escenario. Y ella... ella me dio un beso de esos que hacen tambalear a cualquier hombre, haya nacido donde haya nacido.

.

l

s

ó

r

—¡Dante! ¡Es Dante! ¡Yo te como esa cara, irlandés!

Y yo me comía la suya. Ese cantante al que ella seguía por cielo y tierra le dio la mano para que subiera al escenario. Y ella... ella me dio un beso de esos que hacen tambalear a cualquier hombre, haya nacido donde haya nacido.

¡GRACIAS POR HABER LLEGADO HASTA AQUÍ!

Si te ha gustado mi novela, no olvides dejarme tu comentario en Amazon. Puedes encontrarme en mi Facebook:

[Manu Ponce](#). Y en mi Instagram: @manu.ponce.escriptor

Con mucho cariño,

Manu Ponce.

Más de mis novelas haciendo clic en el siguiente enlace: <http://relinks.me/ManuPonce>

¡GRACIAS POR HABER LLEGADO HASTA AQUÍ!

Si te ha gustado mi novela, no olvides dejarme tu comentario en Amazon. Puedes encontrarme en mi Facebook:

[Manu Ponce](#). Y en mi Instagram: @manu.ponce.escriptor

Con mucho cariño,

Manu Ponce.

Más de mis novelas haciendo clic en el siguiente enlace: <http://relinks.me/ManuPonce>